


La Esfera

Año V  Núm. 220

Precio: 60 cénts.



EL DIVINO PASTOR, cuadro de Murillo, que se conserva en el Museo del Prado

LOS VIENTOS HELADOS
ARRUINAN LA BELLEZA

La
CREMA 'HAZELINE'

(Marca de Fábrica)

protege perfectamente el cutis y la tez

Se vende en tarros y tubos en todas
las Farmacias y Droguerías



Burroughs Wellcome y Cia.
Londres

Los que prefieran un her-
moseador no grasiento deberían
obtener la "Nieve 'Hazeline'"

Sp.P. 1361

All Rights Reserved

UNDERWOOD



Campeón

de las

Máquinas de escribir

G. TRÜNIGER Y C.º

Balmes, 7, Barcelona.

Alcalá, 39, Madrid.

CASA SUIZA

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque toni-
fica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia,
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,
desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera
y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.

Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, **Barquillo, 3, Madrid**

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite gratis, á quien lo solicite,
Catálogos y su Boletín mensual



PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos
meses con **PILDORAS CIRCA-**

SIANAS, Doctor Brun, 25 años de éxito mundial es el mejor recla-
mo!, 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso, Martín Durán. Barcelona, Al ina,
Segalá, V. Ferrer. HABANA, Sárra. «IENFUEGOS, Farmacia «Cosmopoli-
ta». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Da-
boin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA,
Guerrero. GUATEMALA, Sierra. Zaragoza, Jordán. Valencia,
Cuesta. Granada, Ocaña. San Sebastián, Tornero. Murcia, Sei-
quer. Vigo, Sádaba. Valladolid, Llano. Jerez, González. Santan-
der, Sotorrio. Sevilla, Espinar. Bilbao, Barandiarán. Las Palmas, Lleó. Mallorca,
«Centro Farmacéutico». Coruña, Sánchez. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pou-
sarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, Barcelona, remítese reservadamente cer-
tificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



La Esfera

Año V.—Núm. 220

16 de Marzo de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL BESO

Escultura de Enrique Clarassó, que se conserva en el Museo Provincial de Barcelona

FOT. MÁS

CÁMARA-FOTO



Proyecto de estatua á D. Benito Pérez Galdós, obra del joven y notable escultor Victorio Macho FOT. SALAZAR

ESTE monumento con que un grupo de escritores—secundados por el deber que tiene todo español de contribuir á la glorificación del maestro—comienza la redención de la envilecida y plebeya mentecatez escultórica de España, eterniza á Galdós en una actitud de reposo.

Victorio Macho, el gran escultor, quiere expresar con ello—además de una armónica serenidad realmente estatuaría—que la enorme labor galdosiana ya está unguada para siempre de inmortalidad, y que las manos que obedecieron tantos años el mandato del pensamiento inagotable, descansan al fin...

Don Benito Pérez Galdós, con su silueta flaca y alta, sus bigotes blancos y sus ojos menudos ocultos detrás de las gafas negras, tiene en la España intelectual aquella importancia que tuvieron en Francia Balzac, en Inglaterra Dickens y en Rusia Tolstoi. Es el gran agitador de las multitudes; pero teórico, sentimental, de ese mundo interior donde caben todos los sueños que ni siquiera se lucha por realizarlos. Sus novelas «contemporáneas» y «de la primera época» responden á un concepto vulgar y cotidiano de la vida. Sus *Episodios nacionales* están de tal manera ligados á nuestra historia, han sabido recoger las palpitaciones de nuestro pueblo y de sus quimeras, triunfos y descalabros, con tan exacta veracidad que, como dice Enrique Bravo en la *España Trágica*, al abrir cualquier *Episodio*, «Vamos á ver la historia de España.»

Es ciertamente la historia nacional la que aguarda entre las páginas prietas y de largos párrafos del libro.

Y no historia dogmática, fría, estadística, sin calor de humanidad, sino plástica, palpante, en un tal refloramiento de sí misma, que nos sentimos contemporáneos de aquellos hombres, de aquellos gestos que, sin aspecto trascendental entonces, habían de quedar eternizados.

En 1885, al final de la edición ilustrada de los *Episodios nacionales*, escribía Galdós:

«Lo que comúnmente se llama Historia, es decir, los abultados libros en que se trata de casamientos de reyes y príncipes, de tratados, de alianzas, de las campañas de mar y tierra, dejando en olvido todo lo demás que constituye la

vida de los pueblos, no basta para fundamento de estas relaciones, que, ó no son nada, ó son el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente.»

Realmente, en los *Episodios* galdosianos, los altos hechos, los nombres célebres suenan á veces en boca plebeya y se comentan en muy distintos lugares de aquellos donde acaecieron. Y el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente es lo que hallamos cuando nos acicatea la curiosidad de ver la historia de España leyendo á Galdós.

Respecto de los últimos *Episodios*, no han faltado quienes se lamenten de cierta sobrepujanza de la fábula sobre lo real, como prueba de predominio del novelista sobre el historiador.

¿Y qué, amigos míos? ¿Acaso—aun suponiendo ese predominio un defecto—no se encontrarían en la ingente labor galdosiana disculpas á puñados y razones á cientos?

Pero no hay tales defectos. Al contrario. Fundiéndose las figuras que vivieron con las figuras que pudieron vivir, está más cerca de nosotros, es más comprensible, más adaptable á nuestros temperamentos—cada vez menos objetivos por razón de la época—la emoción de lo pretérito.

leyendo estas páginas nos parece hojear un álbum familiar. Uno de esos álbumes que se cubren de polvo sobre un piano ó en una vieja consola de patas doradas, junto al reloj donde el tiempo se detuvo para siempre.

Alguna tarde de lluvia y de invierno abrimos uno de ellos. ¡Grato y romántico desfile de los caballeros enlevitados, con las corbatas de varias vueltas, con el bigote y la perilla zorrillistas ó las patillas alfonsinas! ¡Dulce teoría de damas con miriñaques y sombreritos menudos y manos blancas, pulidas, dobladas sobre el regazo, en suave ademán de reposo, sosteniendo el pañuelo de encaje!

Al «sésamo» galdosiano se abre el pasado, y los cuerpos, hoy encorvados y vacilantes, ó fundidos con la tierra fecunda de los camposantos, se enderezan y resucitan. Los cabellos blancos, los cráneos calvos se cambian en cabelleras oscuras y juveniles; laten de nuevo los corazones rebeldes; toman los muertos ó moribundos ga-

llardías, y los hombres de ayer aparecen tal como entonces eran.

Y junto á ellos, en esa grata amalgama de las vidas privadas con las vidas públicas, *Tito*, el personaje netamente, castizamente español, que enamora á muchas mujeres y, con idéntico entusiasmo, defiende opuestos idealismos políticos.

Porque *Tito* es un admirable acierto simbólico. Es España, la España de entonces, que se emborrachaba con palabras. Lo mismo que estuviesen engarzadas como cuentas de rosario para un sermón, que si sonaban á caer de piedras revolucionarias. Pero nada más que palabras. Al corazón no llegaban las percusiones.

Junto á los cuadros de gracioso desenfado, reveladores de que la pluma del maestro todavía es ágil y conserva aquella viveza juvenil del periodista isleño que empezara á escribir en *El Debate*, de Albareda, hay páginas frías, impasibles, como esos espejos que se olvidan de quitar en algunas casas mortuorias.

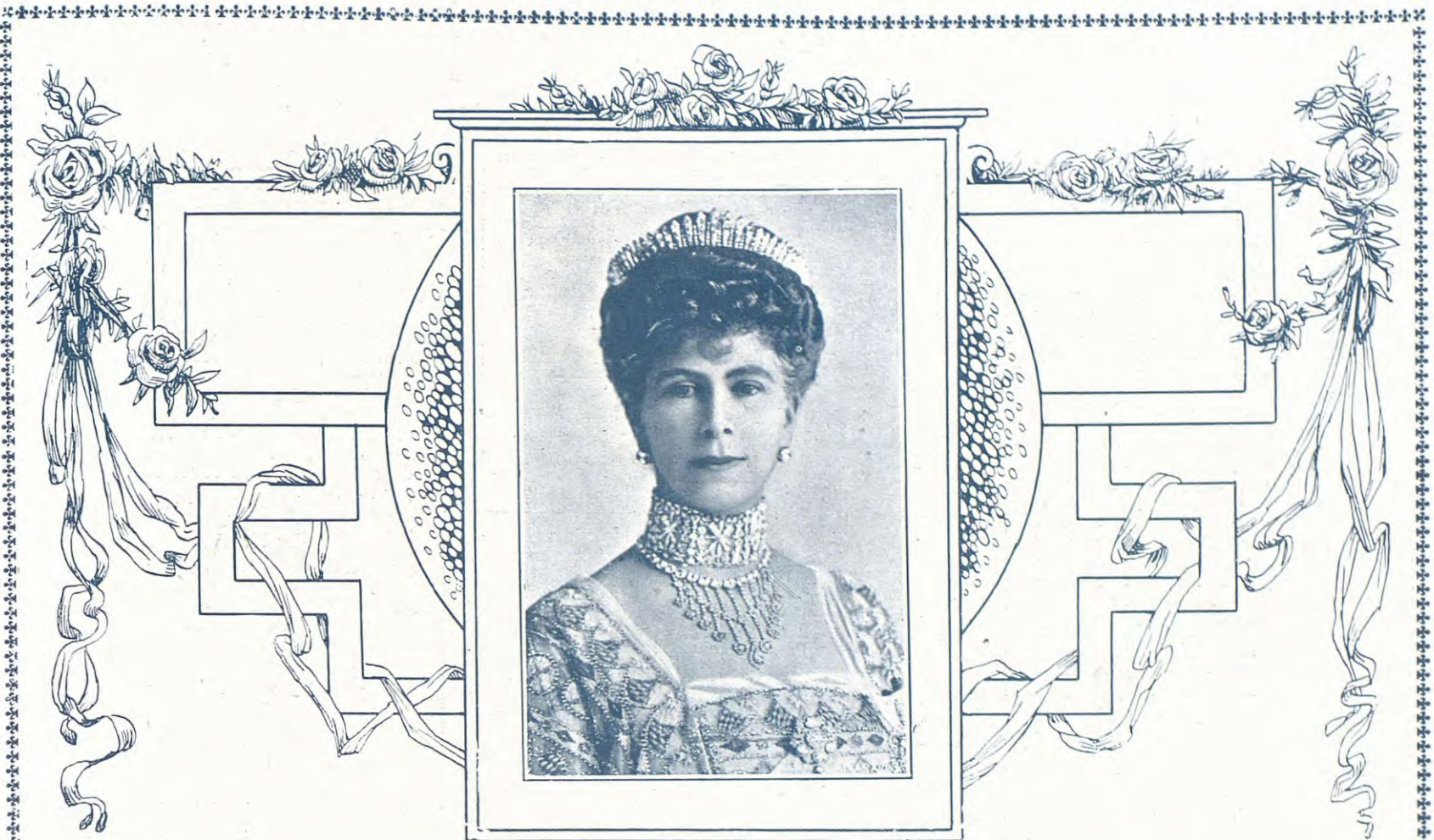
Y de este modo, sencillamente, saltando de un momento histórico á otro vulgar; en áspera y humana transición de hechos jocosos de sainete á episodios angustiosos de drama, lo bien urdido de la fábula y la maga limpidez de estilo, nos llevan como de la mano hasta el desenlace que ha de entrístecernos.

Porque, al cerrar el libro y volver á la vida, cuando todos los hombres, las calles, los teatros, los periódicos, nos dicen que esos hombres de ayer han muerto ó van á morir, que los tiempos han cambiado y, sobre todo, que hoy España no levanta barricadas, ni se mata por sus ideas, sentimos de modo profundo, hondísimo, como una de esas tremendas convulsiones íntimas que se nos entran corazón adentro, la gran amargura del final de *Amadeo I*:

«Y nada más... Se oscureció el palacio; apagóse el ruido de las pisadas. Nos vimos envueltos en tinieblas de panteón...»

Estas mismas tinieblas de panteón envuelven ahora á España. Por eso, del abismo tenebroso queremos levantar unos cuantos la figura del ciego de la carne para que sea el lazarillo de tantos ciegos del espíritu...

José FRANCÉS



La Reina Mary, de Inglaterra

EN el siglo IX, cuando aparecen en la Historia los primeros condes de Wurtemberg formando parte del naciente Estado, existía en la fantástica y legendaria Selva Negra, próximo á las fuentes del Danubio, un dominio señorial de Teck. Unido al patrimonio del reino, durante largo tiempo bórbase su recuerdo, sólo conservado por el nombre de unas poéticas ruinas cercanas á Owen, hasta que, en el pasado siglo, el duque Alejandro, hijo de una princesa de Nassau y de un hermano del rey de Wurtemberg, al casarse morganáticamente con la condesa de Hohenstein, rehabilita para sus descendientes con el tratamiento de *Durchlancht*—Alteza Serenísima—el título ducal de Teck, y su hijo Francisco Pablo, primer duque así llamado, contrae alianza con la familia real británica, casándose, en 1866, con María Adelaida, princesa de la Gran Bretaña, hija del duque de Cambridge y nieta, como la Reina Victoria de Inglaterra, de Jorge III. Fué la princesa María Adelaida una de las figuras más notables de su tiempo en el círculo familiar de la Corte; viva, original, muy caritativa, sus frases y respuestas eran proverbiales, siendo, además, la prima preferida de la Soberana, cuya protección y cariño gozaron siempre *los Cambridge*, como llamaba la Reina Victoria á los duques de Teck. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: tres varones y una niña, Victoria María Augustina, que más tarde había de compartir el solio inglés.

Habitaban los duques de Teck la confortable y linda morada de White-Lodge, situada en el centro de Richmond Park, y allí, en aquellas hermosas alamedas, verdes y frondosas, creció la futura reina, haciendo la vida sana, libre y activa de sus hermanos, adiestrándose, como ellos, en toda clase de juegos, ejercicios y deportes, que dieron agilidad y energía al vigor físico, dando también al carácter serenidad, firmeza y decisión. Cuidó, igualmente, la duquesa de Teck, con especial esmero, de cultivar la viva inteligencia de su hija y educar sus sentimientos, asociándola, desde muy joven, á las numerosas obras filantrópicas que la duquesa patrocinaba y dirigía. Poniéndola en contacto directo con las tristezas de la vida, haciale conocer la desgracia, visitando, en estrechas calles, las casas miserables de los pobres á quienes socorría con

provisiones y alimentos, diciendo repetidamente á la princesa: «Quisiera, *My dear*, que supieras bien el gran valor que tiene una comida para un sér humano que muere de hambre.» Cuando Mary de Teck tenía diez y seis años, fué con sus padres á Italia, y el ambiente artístico de la ciudad florentina, residencia elegida por los duques, durante algún tiempo, influyó mucho en el espíritu de la princesa, completando su educación y afinando sus gustos y aficiones. La contemplación de las obras maestras del Renacimiento, revelándole su amplio sentido, despertaron en ella el deseo de estudiar, y, guiada por competentes profesores, aprendió el italiano y el alemán, siguiendo cursos de Historia y de Literatura, que continuó al volver á su patria, dedicándose especialmente, con Churton Collins, al estudio de la *Literatura inglesa en tiempos de la Reina Isabel*. La Historia política y el Derecho constitucional merecieron, de Mary de Teck, horas y veladas substraídas con gusto á los placeres y diversiones que su posición en la Corte le ofrecía, halagando su juventud y belleza; distracciones frívolas que el espíritu serio de la princesa siempre relegaba ante el deber ó el estudio.

La venerada Reina Victoria, cuya generosa protección y preferencia conservaban los duques de Teck, conociendo perfectamente, por haberse formado á su lado, la interesante personalidad de la princesa y sus cualidades de inteligencia y virtud, decidió escogerla para futura soberana de su reino, favoreciendo la inclinación amorosa del duque de Clarence, y, concertado el enlace, la muerte prematura y repentina del príncipe deshizo el proyecto, sembrando el dolor en la familia real inglesa.

Poco tiempo después, al regresar de un largo viaje el segundo hijo de los príncipes de Gales, que heredaba los derechos de su hermano, el duque de York, hizo el acaso que hallara un día á Mary de Teck en el parque de Windsor, y, habiéndose prolongado la entrevista, llegó á noticia de la anciana Reina que su nieto había quedado impresionado y sorprendido por la belleza y discreción de la prima. Quiso la prudente Soberana cerciorarse de los sentimientos de ambos, y, llamados ante ella separadamente, pudo convencerse de que sus planes serían aceptados, y

en la primavera de 1893 fué anunciado el matrimonio, verificándose aquel mismo verano. Con motivo de su boda, manifestaron ya los príncipes su exclusivismo patriótico, ordenando que cuanto hubiera de adquirirse y utilizarse había de ser nacional y confeccionado por obreras y operarios ingleses, formando el cortejo de honor de la desposada sólo princesas de la dinastía británica. Duquesa de York primero, más tarde princesa de Gales, Mary de Teck, después de casada, confirmó un carácter activo, grave, rígido en el cumplimiento del deber. Su espíritu cultivado, la preferente atención á las cuestiones importantes de actualidad, ó interés nacional; el cuidado de los hijos, que prontamente alegraron su hogar; las aficiones artísticas, su celo filantrópico, llenaron una existencia de dichosa unión para ambos esposos, compensando al príncipe con la atractiva intimidad de un *home* modelo, sus nostalgias y añoranzas de marino, sentidas á menudo ante la perspectiva abrumadora de reinar, que el porvenir guardaba. En aquellos primeros tiempos fué la princesa experta confidente y consejera del futuro Rey, cuyo espíritu reconcentrado habituó desde entonces á una absoluta confianza en el recto juicio de la princesa, siendo evidente su influencia en todos los actos y decisiones del matrimonio, haciendo decir á un personaje inglés, al ocurrir la muerte de Eduardo VII: «Perdimos una Reina; después, un Rey; ahora, tendremos *Reyes*.» Y, efectivamente: á la Soberana venerable, durante cuyo largo reinado consolidóse el extenso poderío de la Gran Bretaña, sucedieron el Monarca, modelo en su personalidad de una época, y la Reina, admirada por su inalterable belleza, quienes irradian universalmente, por breve tiempo, el brillante resplandor de un trono que, como los astros, había llegado á su apogeo, y á ellos, los Reyes ingleses, los ciudadanos austeros de la vieja Albión, que en los días de prueba han sintetizado el temple y valor impasible de la raza, arriesgando su vida el Soberano y exponiendo la de sus hijos, sacrificio supremo ofrecido á la Patria por la Reina, en cumplimiento del deber, siempre antepuesto, por su severa energía, á los tiernos sentimientos naturales de mujer y de madre.

MARICRUZ

Si entre los compositores, á pesar del prestigio que algunos van adquiriendo en el Extranjero, no hemos conseguido tener una figura, un alto prestigio de renombre universal, siendo de lamentar que el teatro de Chapí (la personalidad más interesante y el temperamento musical más completo del siglo pasado) se desconozca en el Extranjero y se esté olvidando en España; si no hemos logrado tener aún un músico representativo de nuestro arte, á quien se considere y se tome en serio, hasta Isaac Albéniz, pues tenemos muy buenos músicos, y, actualmente, en cantidad considerable, pero no música española, como creen algunos, en el más elevado sentido, como arte constituido, fuera del arte popular (nuestro teatro local, la zarzuela, no es, en términos generales, un género artístico de altura bastante que suscite curiosidad fuera de España), en cambio nuestros instrumentistas y cantantes han ejercido, y continúan ejerciendo, una positiva hegemonía en el mundo: Monasterio, Sarasate, Malats, Granados, Gayarre, Casals, Manén, Quiroga, Cassadó, Bordas, Viñes, la Barrientos, la Gay, Viñas son de ello ejemplo. De uno de estos grandes artistas vamos á ocuparnos hoy.

Pablo Casals es el artista (puede decirse sin hipérbole) de más prestigio actualmente. El artista perfecto, el artista de emoción, no sólo por el delicioso sonido que obtiene del violoncello, sino por la pureza clásica de su arte, por su arco sin igual, por la facilidad que da el dominio de la técnica, que completa un temperamento verdaderamente privilegiado, un juego expresivo y una habilidad extraordinaria; exquisito buen gusto que no excluye el vigor, sentido del matiz y variedad y riqueza de timbres. Es un virtuoso con un gran corazón y una sensibilidad de élite. Técnica y expresión: en estas dos palabras se sintetiza su arte; un arte que, por la dicción y el fraseo, no tiene rival. A Casals se le llama en todas partes el maestro, concediéndosele, por cantantes é instrumentistas de todas las nacionalidades, una supremacía artística unánime. Tiene hoy en el mundo más autoridad y más fama que el célebre Sarasate en su época. Y es que la visión expresiva y la cuadratura rítmica del violoncellista español es algo extraordinario. Casals, como todos los grandes artistas, no transige con la falta de seriedad en las interpretaciones, ni hace concesiones de mal gusto, ni cultiva el latiguillo, recurso de los artistas mediocres. Su virtuosismo no es fin, es medio. Cuando toca el violoncello le veréis transfigurarse. Entorna los ojos, se abstrae, y, entonces, produce, estilizado, ese particular sonido del violoncello (el instrumento que más semejanza tiene con la voz humana) conmovedor, tierno, noble, patético unas veces; penetrante, majestuoso, melancólico otras; emocionando con los acentos expresivos que saca del instrumento cantante por excelencia, y del que tan bellos efectos han obtenido Bach, Haydn, Mozart y Beethoven, Schumann, Mendelssohn, Schubert en sus insuperables sonatas, tríos, cuartetos, quintetos y conciertos, lo más alto y puro, las obras cumbres, los modelos perfectos del arte musical, en los que tanto hay que admirar, y de los que Casals es un insuperable intérprete.

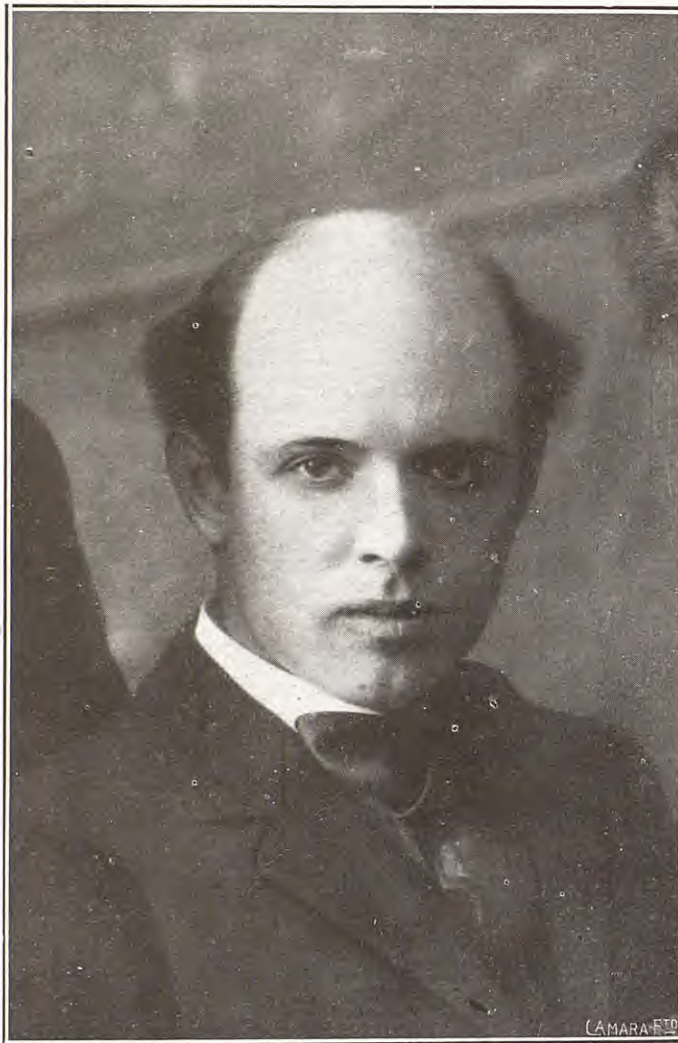
A Casals se le oye muy poco en Madrid, hasta el extremo que la nueva generación de aficionados no conoce ni su nombre, que es universal, y los antiguos le tienen olvidado, no sabiendo del ilustre artista más que por sus triunfos del Extranjero.

Hace poco, y con motivo de unos conciertos que celebró en la Sociedad Filarmónica (en los que dió á conocer dos sonatas nuevas: una de Debussy y otra de Casella) y en el Odeón, donde tomó parte, en unión de la Orquesta Filarmónica, en un concierto á beneficio del fondo social de la citada agrupación, interpretó prodigiosamente un concierto de Haydn y de Schumann en la menor, produciendo una impresión enorme. ¡Cuánto se aprende oyendo á este excepcional artista, y qué emociones más puras despierta en nuestra alma!

Casals ha tocado con los artistas contemporáneos más célebres, habiendo formado parte de aquel magnífico trío que oímos en la Filarmónica hará unos diez años, en compañía de los ilustres artistas franceses Cortot y Thibaud.

Recientemente tocó en Nueva York con Kreisler y Paderewsky, organizando las tres eminencias un concierto á beneficio de los hijos del malogrado Granados, víctima de los humanitarios métodos de guerra empleados por los alemanes.

La vida artística de este coloso, que ha constituido una serie de triunfos en Europa y América (donde ha puesto tan alto el nombre de España), comenzó en Vendrell (Tarragona), allá por el año 1880, cuando apenas era un niño de cinco ó seis años. Su padre, organista de la iglesia de San Salvador, sorprendido de la excep-



PABLO CASALS

cional organización de su hijo, comenzó á enseñarle solfeo, piano, violín y armonía. Tan evidentes fueron sus progresos, que se decidió su padre á darle una sólida educación musical.

En la capilla que dirigía su padre se interpretaron algunas de sus primeras composiciones, escritas de una manera instintiva, guiado sólo por su genio.

Una orquesta de Barcelona que oyó al niño Casals, en Vendrell, en la que figuraba como violoncellista el que había de ser más tarde su maestro, fué la causa de que abandonara el violín, trasladándose á Barcelona y matriculándose en la Escuela Municipal, en la clase de D. José García, con el que hizo sus estudios en un corto período de tiempo. Poco después se trasladó á Madrid, siendo presentado al conde de Morphi (verdadera providencia de tanto músico español!), el cual le presentó á la Reina Cristina, encargándose la augusta señora de costearle sus estudios.

Se matriculó en la clase de música de cámara de Monasterio, obteniendo el primer premio. (A la vez estudiaba el contrapunto con el maestro Bretón.)

Por esta época (1894-1895) se reunía Casals

con un grupo de músicos jóvenes en el estudio del pintor Ordóñez, en donde puede decirse que se formó el «Cuarteto Francés», con Gálvez (viola), Francés (violín primero), Peraite, excelente compositor (violín segundo), Casals (violoncello) y Guervós (piano). A estas reuniones íntimas asistían, entre otros: Saco del Valle, Luis Villa y Odón González.

En el salón Romero dió la nueva agrupación una serie muy interesante de conciertos, interrumpida por enfermedad de Casals, que vivía modestísimamente, pues sus recursos eran escasos.

En 1898 fué á Espinho (Portugal) con un sexteto, en cuya villa portuguesa obtuvo un éxito definitivo, y de donde partió su carrera de concertista, pues tuvo, por primera vez, contratos de importancia para hacer una tournée por América.

En Espinho conoció á la que fué su discípula y después su esposa: á la notabilísima violoncellista Guillermina Suggia, con la que ha dado varios conciertos.

De regreso á España tiene que tocar en un sexteto para ganarse la vida, siendo presentado al público madrileño por la Sociedad de Conciertos, que dirigía Bretón, el 15 de Enero de 1899. En este concierto, y en otro que dió posteriormente, obtuvo Casals uno de sus más grandes éxitos interpretando el primer tiempo del concierto en re menor, de Lalo; el *Allegro appassionato*, de Saint-Saëns; la *Elegía*, de Faure, y otras obras de Max Bruch, Franck, Popper y Goltermann.

Pensionado por la Reina Cristina para ampliar sus estudios en el Extranjero, se trasladó á Bruselas; pero, no satisfaciéndole el modo de enseñar el violoncello, y no teniendo nada que aprender en el Conservatorio de la capital de Bélgica, se va á París, donde encuentra otro ambiente y un campo más amplio para sus ideales.

En 1892 fué consagrado en Londres interpretando las obras de violoncello de Bach, en cuyas interpretaciones es una especialidad, comenzando para el genial artista la era de triunfos que ha consolidado su fama mundial.

De regreso del Extranjero fué nombrado profesor del Conservatorio y de la Escuela Municipal de Barcelona, fundando la Sociedad de cámara con artistas del nombre de Gálvez, Crickboon y Rocabruna.

Casals, que tiene mucho entusiasmo por la dirección de orquesta, ha dirigido la sinfonía de Moor, en la Asociación de Barcelona, y otras obras sinfónicas en diversos puntos.

Como compositor tiene escritas algunas obras para piano, violín y violoncello, y para orquesta. Su obra más interesante es *La visión de Fray Martín*, para coros, solo, órgano y orquesta. La técnica de Casals, como compositor, es moderna, dentro del estilo clásico (pues Casals es un espíritu moderno); en sus obras se revela esa facilidad en la cuadratura rítmica, propia de los temperamentos musicales natos.

El admirable concertista es tan refractario á todo reclamo que, sin duda por esto, en cierta ocasión que yo le visité en el Palace Hotel con objeto de que me contara sus impresiones de arte (que tienen que ser interesantes), creyera que se encontraba frente á un repórter.

Casals no deja de tener su pose, inevitable en todo artista mimado de la fortuna. Un carácter infantil y una clara inteligencia completan su personalidad.

Tiene varias condecoraciones españolas y extranjeras, y es un admirador de nuestros músicos. Oyéndole evocar la memoria de Monasterio, y refiriéndose á aquel inolvidable artista, desconocido de la generación actual, se lamentaba del olvido y de la falta de respeto con que se habla en España de los hombres de mérito. Y es que no tenemos idea de las jerarquías, midiéndolo todo por el mismo rasero de nuestra propia pequeñez.

A Casals le oiremos muy pronto, y de ello debemos felicitarnos.

ROSELIO VILLAR

LA ESFERA
SEVILLA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



DETALLE DEL ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DEL HOSPITAL DE LA CARIDAD

FOT. PÉREZ ROMERO

Pinceles maestros y buriles geniales dejaron en Sevilla las obras más admirables del arte humano, inmortalizando á la bella ciudad cuna y sepulcro de hombres que llenan los ámbitos del mundo con sus nombres gloriosos, ó nutren el caudal de las leyendas con las de sus vidas audaces, donde florecen, como rosas de ensueño, las aventuras de amores y desafíos. Uno de estos sevillanos famosos fué D. Miguel de Mañara, fundador del Hospital de la Caridad, cuya iglesia posee el pasmoso retablo, maravilla verdadera del arte cristiano, del que ofrecemos un detalle á nuestros lectores.

LA ESFERA

PINTURA ESPAÑOLA



RETRATO DE LA ILUSTRE ESCRITORA CARMEN DE BURGOS SEGUÍ ("COLOMBINE")

Original de Julio Romero de Torres

LA CASA ABANDONADA



RECUERDO aquella sensación voluptuosa de haber recorrido á mis anchas la casa abandonada. Perteneció la quinta á un linaje ilustre, y había ido envejeciendo y arruinándose á par de la familia aristocrática. De pronto estalló la quiebra del fin de raza, y, entre otras propiedades, se puso en venta la bucólica mansión. Digo bucólica, porque se hallaba en el campo, y porque servía para el veraneo de sus dueños, que en la canícula jugaban á vivir en pastorela. Yo recibí el encargo de visitar la finca y de comunicar mis impresiones al amigo lejano que deseaba adquirirla. Confieso que me seducía con un interés no del todo puro, casi enfermizo, la curiosidad de escudriñar la morada que durante algunos años albergó á *Toto* y *Fifi*, postreras flores femeninas del árbol genealógico ya derribado por la fatalidad, dos de las siluetas de moda en mi provincia...

Poca cosa podían valer ante el notario los muros desconchados, las tejas rotas y musgosas, el jardín con descuidadas barbas de hierbajos, hasta los árboles medio secos. En cambio, para un poeta resultaba interesantísimo el gastado lugar. La vida dejó allí tantas huellas, que el intruso creía haber pasado antes por los sitios que descubriría entonces. ¿Quién no lleva en el alma unas ruinas fraternas de las que produce el

tiempo en la piedra, el maderamen, los hierros? La puerta, de enmohecida cerradura, se abrió como la tapa de un sepulcro. Una alimaña huyó al ruido de mis pasos y ante la luz. Creí encontrarme en pleno reino de los duendes. ¿Qué convidado aguardaba la botella olvidada en la mesa? El polvo cubría los muebles. Estaba parado el reloj, de esos de ataúd. A impulsos del viento chocaban unas ramas del jardín contra una ventana, sin duda con nostalgia de las manos de las mujeres, que solían arrancarles sus rosas. Se respiraba una quietud inquietante...

Pero me esperaba un sobresalto mayor. Subí á los dormitorios y me detuve con supersticiosa indecisión á la puerta del cuarto íntimo de las amigas desconocidas. El perro que me acompañaba empujó la madera, y quedó rasgado el velo respetuoso. Al principio no distinguí nada en la penumbra, en la cual se diluía una tenue claridad que se filtraba por las juntas del balcón. Había dos camas. ¿Dónde dormía *Toto* y dónde soñaba *Fifi*? Todavía flotaba en el ambiente el perfume que usaban las doncellas y un efluvio virginal. En una silla encontré un sombrero de paja con unas amapolas de trapo, restos de un disfraz versallesco. Sobre los lechos delataban sendos clavos la anterior existencia de unas imágenes sagradas...

He ahí el tocador: una simple mesa con faldas de cretona. En el tablero, una jofaina de barro. Encendí un fósforo y descubrieron mis ojos un ramo de dalias, amarantos y ramiza, marchito, desteñido y crujiente, momificado en la palangana. Quise rendir un tributo sentimental á las amigas desconocidas. Pensé que ellas dejaron las flores, no atreviéndose á rechazarlas en su lozanía. Ideé substituir los evocadores espectros florales con unas violetas, que abundaban á la sazón.

De repente... Al levantar el ramo, fulguró un espejo que ocultaba la moña, ya mustia, y me contemplé en su profundidad azulenca. Pálido y siniestro, en la claridad de la cerilla, envuelto en sombras, me dí miedo y me espanté de mí mismo. Yo era como un ladrón. La luna reflejaba mi conciencia...

—Así comenzó mi amor—dijo, por último, nuestro camarada Fernando Almazán—por las señoritas del linaje empobrecido y glorioso... Y ahora voy á casarme con *Toto*... El amor, señores—añadió Almazán, dirigiéndose á cuantos le escuchábamos—, consiste en el acoplamiento de la propia conciencia con la belleza ajena, en un espejo, ó en una ilusión...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ
AGUAFUERTE DE CÁMARA

UNA EXPOSICIÓN INTERESANTE

LOS HUMORISTAS



“Una atalanta de Ofenbach”, dibujo de Manuel Bujados



“Carmen”, dibujo de Ricardo Marín



“¡Claveles dobles!”, dibujo de D'Hoy

Por cuarta vez, los dibujantes españoles ofrecen sus obras al público en un conjunto armónico y expresivo. Es ahora en el local de Exposiciones del Círculo de Bellas Artes, como una consagración prometedora de la definitiva, ya tan próxima, cuando se apoderen legítimamente del Palacete oficial del Retiro. Tendrá entonces esta simpática agrupación de dibujantes humorísticos y decoradores una apariencia oficial. Nada más que una apariencia. Porque, precisamente, la ascensión progresiva de sus éxitos a cada nuevo año, radica en que está

distinción que no tenían antes nuestros ilustradores y caricaturistas, y que, a pesar de los que reprochan las exóticas influencias con el título picaresco de «fusilamientos», no se logra con hojear revistas y publicaciones editoriales ajenas, porque hace falta, para conseguirlo, mucho más.

No. Los humoristas conquistarán los edificios del Estado, adquirirán el derecho a ser considerados como los verdaderos representantes de las Artes decorativas españolas; pero el Estado no logrará apoderarse de ellos ni sembrará jamás la discordia de las efímeras recompensas y de los partidismos tendenciosos.

Este IV Salón de Humoristas, para el cual ha cedido el Círculo de Bellas Artes sus salas de la Carrera de San Jerónimo, lleva el subtítulo de *Artistas decoradores*. Es una concesión del organizador de estas Exposiciones, ya que los *Salones de Humoristas* extranjeros son exactamente iguales a estos españoles, con los mismos géneros y clases de obras caricaturescas y decorativas. Pero el título es lo de me-

Está consubstanciado ya con la sensibilidad y la cerebralidad de los artistas. Podrán externamente, y a flor de mirada, «parecerse» a otros cronológicamente primeros. En el fondo ya empiezan a acusar sus personalidades respectivas, responden a la desbastación, al pulimento social que aristocratiza y depura otros aspectos de la vida española en nuestros días.

¿Decadencia? ¿Refinamiento? ¿Exceso de sensualidad? Bien. Como se quiera rotularlo, en virtud de nuestra endémica monomanía clasificadora. Basta cotejar un número de LA ESFERA ó del *Blanco y Negro* actuales con cualesquiera de las revistas de la misma índole que se publicaban hace diez ó doce años para comprender hasta qué punto la renovación estética del arte de la ilustración se ha cumplido rápidamente. Bastará recordar aquel primer *Salón de Humoristas* del año 1915, donde concurrieron trece artistas con se-



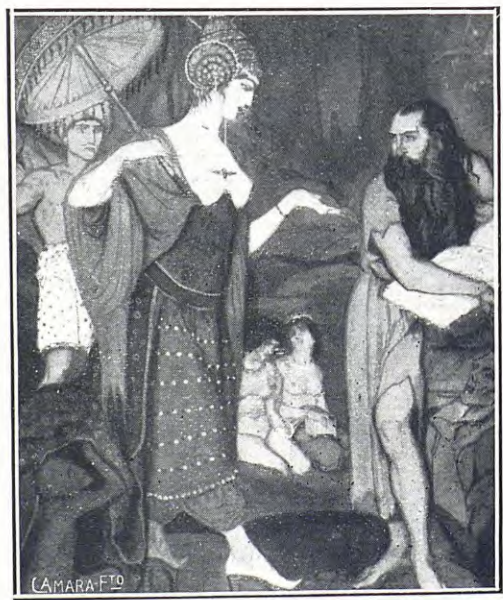
“Domingo en el pueblo”, dibujo de Martí Alonso



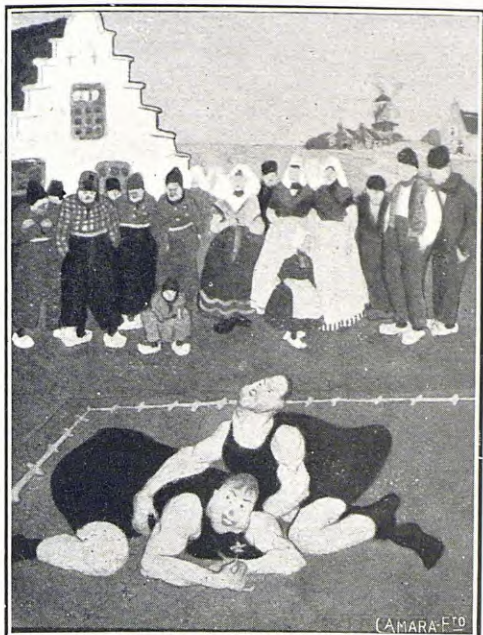
“Comedia italiana”, dibujo de José Zamora



“El domador de peces”, dibujo de Giráldez



“La tentación de San Antonio”, dibujo de Juan José



"No siempre vale más maña que fuerza", caricatura de Ramón de Zubiaurre



"¿Quién fuera mariposa!", caricatura de Demetrio



"Los últimos románticos", dibujo de Echea

senta y una obras, y ver luego que en el actual figuran *cientos treinta y cuatro* expositores y *cuatrocientos seis* obras.

ooo

Al cuarto Salón de Humoristas han concurrido artistas de toda España, y en la imposibilidad de comentar aisladamente sus envíos, citaremos sus nombres, por orden alfabético:

Juan Adsuara, Lorenzo Aguirre, Juan Alcalá del Olmo, Adrián de Almoguera, Félix Alonso, *Ali-ka-ido*, Manuel Alvarez de la Puebla, *Amor*, Pedro Antequera Azpiri, Félix Arteta, Joaquín Asiain, Francisco Asorey, Federico Avrial, Adolfo Aznar, Mariano Barrero, Benito Bartolozzi, Salvador Bartolozzi, J. Bonell, Amparo Brime, Manuel Bujados, Ceferino Cabañas, Luis Canalejas, Andrés Cano, Angel Carrasco, Luis Casteig, Carlos Castellanos, Cayetano Castresana, *C-E-R-O*, Ricardo Colet, Cayetano Cornet, Francisco Crooke, Ismael Cuesta, *Cyrano*, Antonio Chacón, Juan Davo, Jesús Dehesa, Luis Derqui, *D'Hoy*, José María Dorronsoro, *Echea*, *Ele*, *Eseme*, Víctor Fernández Corral, Luis Fernando, Horacio Ferrer, José Ferrero, Fernando Fresno, Manuel Garrido, José Gassó, Francisco Gaya, Luis Gil, J. Giráldez, Casi-



"Malos hábitos"—"Toby"—"The tango", esculturas caricaturescas de Morán, Bartolozzi y Barrero

miro González, Ramón Goy, J. Grau Miró, Xavier Güell, Pedro Guezala, Aurora Gutiérrez Larraya, Tomás Gutiérrez Larraya, Francisco Hernanz, Miguel Hevia, Vicente Ibáñez, Juan Ibáñez, Agustín de Ibarra, José Izquierdo Durán, *Jacinto*, *Juan José*, *Juan Luis*, Junceda, *K-Hito*, *Kike*, *Karikato*, Antonio de Lara, Manuel León Astruc, Eduardo Linage, *Demetrio*, José Loygorri, Rafael Lladó, José Machimbarrena, Ramón Manchón, Ricardo Marín, Manuel Martí, Martín de la Arena, José Martínez Amunátegui, Roberto Martínez Baldrich, Vicente Martínez Feduchi, Mariano Martínez Moya, P. Más y Durán, *Max*, *Máximo*, *Menda*, Rafael Menéndez Saavedra, Antonio Merlo, Filiberto Montagud, José Morán, Mariano Moré, Andrés Nogueira, Enrique Ochoa, José Ochoa, Luis de Oms, Benjamín Palencia, José María Palma, Andrés Pardo, José Pedraza, Tomás Pellicer, Fernando Periquet, Marcelo Fresno, Sócrates Quintana, Ventura Requejo, Federico Ribas, José Robledano, Pepita Sargañoles, Fernando y Manuel de Salamanca, Miguel Salmerón Pellón, Rafael Sanchís, Dámaso Sancho, Pedro Sanmartí, Milada Sindlerova, Sirio, C. Sobrino, *Tito*, Uceta, J. Yarnoz, Zamora, Zubiaurre y J. P. M. Zúñiga.



"¡Ganarás el pan...!", caricatura de Tito



"La conquista de la sierra", caricatura de Pellicer



CARMELIYA

*Gitaniya como yo
no la tienes de encontrar,
aunque gitana se güerva
toita la cristiandá...*

(Cantar andaluz)

*Si á los toros vas en coche
con la clásica mantilla,
eres Carmen la tirana,
Carmeliya...*

*Quien tu historia no conoce
y te ve tan gitanilla,
se apasiona locamente,
Carmeliya...*

*Pero luego que se sabe
esa falta que te humilla,
se comportan chulamente,
Carmeliya...*

*Un amante despechado
ó una amiga con rencilla
cuenta el cuento á todo el mundo,
Carmeliya...*

*Y lo saben en la aldea,
y lo saben en la villa,
y lo saben en la corte,
Carmeliya...*

*¡Mas yo sé que luego, á solas,
en tu alcoba de chiquilla
dolorosamente gimes,
Carmeliya!*

*Yo sé que eres una nena
buena, cándida y sencilla,
que has pecado sin saberlo,
Carmeliya...*

*Se te nombra en las tertulias,
y hay sonrisa picarilla
en los labios de algún necio,
Carmeliya...*

*¡Qué dolor hay en tus ojos,
donde un rayo á veces brilla
de pasión ó de locura,
Carmeliya!*

*Y yo sufro y me atormento
y el cerebro me martilla
la obsesión de tu mirada,
Carmeliya...*

*Yo no soy de esos malvados
que se juntan en cuadrilla
para hablar de tus pecados,
Carmeliya...*

*¡Ah, yo no!... Yo te conozco;
y sé que eres sin mancilla,
y el apoyo de mi brazo
yo te ofrezco,
Carmeliya...*

*Y pues yo supe quererte
por tu encanto de chiquilla
y me ha unido á ti la suerte,
¡sé mi amor profundo y fuerte,
Carmeliya!*

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO

DIBUJO DE RIBAS

*Carmeliya, lindo nombre,
oloroso á manzanilla,
á naranjos y á azahares,
Carmeliya...*

*Carmeliya, porque un novio
traicionó tu alma sencilla,
todo el mundo te desprecia,
Carmeliya...*

*Corren voces por la aldea,
corren voces por la villa,
corren voces por la corte,
Carmeliya...*

*Tú has nacido en una calle
soleada de Sevilla;
luz de sol hay en tus ojos,
Carmeliya...*

CUENTOS ESPAÑOLES

LA MÁSCARA



Las tertulias de la señora de Andrade siempre tuvieron fama de heterodoxas. No se sabe quién habíalas bautizado con el nombre de «el aquelarre», y las damas burguesas de la vecindad las suponían llenas de prácticas espantablemente malignas, que hubieran dado cualquier cosa por ver. Sin embargo, nada más platónico que tal perversidad, puesto que en la reunión todos se nutrían de palabras, y desde las nueve, hasta que sonaban las doce en el viejo reloj de cuco, adoptaban, en los cóncavos sillones forrados de piel, calmas actitudes, casi exentas de acción. Como en todas las famas, la fantasía de los comentaristas había completado y perfeccionado la obra; la señora de Andrade era bella, indolente, de anchos ojos extáticos y naricilla respingada ávida de perfumes; mas nada concreto se sabía acerca de ella, ni sobre su esposo, hombrecillo seco, de manos muy blandas y mirada oblicua y lasciva. Provenía el nimbo demoníaco creado en torno de ellos, de la preferencia dada en la reunión á las anécdotas pecaminosas y al hábito de reunirse con jovencitas, á las cuales dedicaban ambos esposos mimos donde no se percibía la menor ternura paternal. La señora de Andrade era peruana, y el otoño se anunciaba en ella con tendencia á redondearla con exceso. Sin su pureza habría sido gran pecadora, ó devorado, al menos, todas las historias pasionales y oscuras escritas en libros; pero prefería rodearse de hábiles narradores y hacerlos hablar en la media luz de su salón, tapizado de gris. Y la dama absorbía las historias incansable, como el Rey Sharrir, y su rostro no dejaba traslucir las sensaciones que la conmovían: En el estrado jamás faltaba alguna niña de anchas ojeras y piel casi translúcida, sobre la cual convergían de tiempo en tiempo las miradas del matrimonio, cual si quisieran probar en la piedra de toque del candor el poder revelador y maléfico de las palabras. Los puntos fuertes de la tertulia, los insubstituíbles, eran el canónigo

Gil, el juez Romero y el doctor Ramírez-Medrano; en contacto diario con almas y cuerpos desnudos, infundían á sus narraciones el sabor agrio de la verdad.

—¿A quién le toca hoy—preguntó la señora lánguidamente.

Y el canónigo, descruzando de sobre su abdomen las linfáticas manos para señalar á Romero, dijo:

—Hoy es á usted, señor juez; yo llevo la cuenta.

Todas las miradas convergieron en el interpeado, quien, después de atusarse el bigote y devolver con el pañuelo la limpidez á los cristales de sus lentes, habló así:

—La historia de hoy será corta y extraña. Muchas veces he estado para referirla; pero su misma índole y el monstruo de frialdad y de astucia que se entrevé al través de las pocas rendijas abiertas en ella hacia la verdad, le quitan agrado y, sobre todo, ese aspecto geométrico característico de las historias inventadas ó recompuestas. En mi frecuente contacto con el crimen, he visto más de una vez á la codicia, la lujuria y á todas las concupiscencias cristalizar en las más extrañas formas, y, sin embargo, la intuición ó la observación no tardaban en aislar el germen primario de los hechos; mientras que en este caso...

—¿Quiere usted empezar de una vez?—dijo la señora Benítez, batiendo las largas pestañas sobre sus ojos constantemente húmedos.

Y los gestos de los demás dieron tal carácter de unanimidad al requerimiento, que, renunciando á más preámbulos, el juez comenzó:

—Don Ramón Vea, hombre de buenas y metódicas costumbres, sufrió, al quedarse viudo, uno de esos golpes de que parece imposible reponerse. En los primeros meses, su puerta estuvo cerrada para todos, y sin la intervención del médico, temeroso de la salud de los dos huérfanos, se habría entregado á esa misantropía, donde

los solitarios deben hallar la secreta voluptuosidad de conservar el calor de su tristeza, como se conserva la temperatura de un líquido en el vacío. Poco á poco, la vida objetiva fué dominando al dolor interno, y se le vió salir algunas tardes por los paseos menos concurridos, en compañía de la niñera, que llevaba apoyados en su seno á los mustios mancebos, que para abrir los ojos á la vida, necesitaron apagar para siempre los de su madre. El matrimonio había vivido con sosiego tal, que á nadie sorprendió el dolor del viudo; ella era de enfermizo aspecto, y él, robusto, gallardo; sin ternura aparente y sin aparentes desavenencias habíaseles visto durante los diez años que moraban en la misma casa, no dejando traslucir á la fiscalización de la portera y de los vecinos otros indicios que éstos: la rica era ella; á él no se le conocía ocupación alguna, pero salía, indefectiblemente, dos veces al día: de nueve á once, por la mañana, y media hora antes de cenar. ¡Ah!; ninguno de los dos tenía familia... Esta vida metódica durante tanto tiempo concluyó por diluir las curiosidades, y durante los días que precedieron á la muerte de la señora, á nadie sorprendió verlo suspender sus salidas y pasar hasta las noches celosamente junto á la cama de la enferma. Algunas vecinas de las que se entrometieron en la casa no dejaron de insinuar: «Parece mentira que hombre tan ilustrado como don Ramón no mandara á analizar la orina de la enferma... Sólo con unos días á leche, estos ataques se habrían de seguro evitado... Ha sido una imprudencia, una imprudencia incomprensible.» Y cuando, pasados los seis primeros meses, la vida se volvió á nivelar, el viudo reanudó las salidas de por la mañana, y renunció á la de la tarde, para consagrarlas íntegras al paseo de los pequeñuelos. Un año transcurrió así, y luego tres más, durante los cuales la antigua normalidad volvió á restablecerse; á pesar de sus naturalezas entecas y del paralelismo que entre los hermanos gemelos tie-

nen las sensaciones y enfermedades, los niños medraban. De su gran pena—esto se ha advertido después—, pareció quedar al padre un despecho hacia los muchachos, algo como el rencor de que por vivir ellos había muerto la esposa. El vecindario lo compadecía, y cuando cayó él enfermo y vieron salir á los chicos con la criada, á todos les pareció un poco justo el que surgiese esa coyuntura para librarle de un cuidado siempre enojoso para hombres. Al levantarse, no volvió á acompañarlos más; pero tampoco salía de casa sino raras tardes; se quedaba las más, según la portera, leyendo periódicos, y nunca dejaba de recomendar desde el balcón á la criada que tuviese mucho cuidado de los nenes... Esta nueva costumbre se instauró un poco antes de Navidad, y en los Carnavales ocurrió el drama que fué obscuro, rápido y terrible... Estando la criada en los bancos del paseo, se acercó una máscara, y se puso á comer bombones sin chancar, cual si, al igual de ellos, se ocupara no en divertirse por sí misma, sino presenciando el desfile de carrozas y de disfraces. A los niños se les iban los ojitos tras las golosinas, y al comprenderlos la criada, la máscara acarició las cabecitas rubias, y tendió á cada uno varios bombones, desapareciendo poco después en el tumulto... ¿Sospechan ustedes lo que pasó luego? Aquellos bombones estaban envenenados, y al padre fué á sacarlo de su lectura la noticia de que sus hijos agonizaban en la Casa de Socorro... Todavía hoy no se sabe de cierto más de lo que acabo de referir...

—Pero sería muy fácil encontrar la máscara.

—Identifique usted un disfraz de bebé, entre los tres ó cuatro mil que salen cada año.

—De todos modos, no dejarían de averiguar á quién favorecía aquel crimen. Las salidas de por la mañana...

—Ese es un viejo proverbio jurídico, y se puso en práctica en seguida, aunque inútilmente... La

mujer á quien iba el viudo á visitar pudo demostrar, no sólo que había permanecido en su casa toda la tarde, sino que, merced á un oportuno dolor de cabeza, había dejado de salir, según lo había convenido con su amigo... Hasta aquí pudo llegar la investigación judicial en los largos trámites que precedieron al sobreesimiento de la causa. El llanto de la mujer sabía á sincero, y también los detalles íntimos de abandono físico y pecuniario por parte de Veá... Sin su jaqueca hubiera parecido culpable, fatalmente culpable. Además, ¡había en esas visitas de por la mañana algo tan demasiado claro! ¡El no llamar médico cuando el parto, y el no haber dejado de salir ni una sola mañana antes del crimen!... Sólo yo observé que jamás, ni antes ni después de la viudez, don Ramón había visitado á su amiga por las tardes, y eso encendió la duda en mí, una duda que hubo de estrellarse contra los muros levantados por su previsión ó por mi torpeza, lo confieso.

—Entonces, ¿cree usted que las visitas de por la mañana eran sólo para despistar, y que á las siete iba el viudo á ver á la verdadera, á la que tal vez preparó y entregó las drogas? A la verdad, que esa hora misteriosa de por la tarde, suspendida sólo antes del parto y antes del crimen... debió dar sospechas.

—Sospechas sí, pero ninguna certidumbre. No pueden ustedes suponer las tentativas que realicé para indagar eso. De mi averiguación se desprendía la posibilidad de pasar esa hora entre visitas, casinos y cierta timba de una calle céntrica; y, sin embargo, había en estas comprobaciones algo demasiado fácil, demasiado ostensible, y quedaban siempre lagunas de tiempo; una voz intuitiva y secreta me decía que por ese camino se hallaba la verdad; mas la mujer, es decir, la causa, no pudo encontrarse... Aun cuando acaso sólo existiera en mi imaginación.

—Ea; no vuelva á extraviarse, y concluya la

historia. ¿Qué se hizo de él? ¿Murieron los niños?

—Los dos nenes se fueron de la vida como habían venido, con pocos minutos de intervalo. Y en cuanto al padre, su dolor fué mudo y sombrío, igual que al morir su mujer. Se le vió con los ojos húmedos ir al cementerio, cargado de flores; se le vió poco tiempo después reanudar su vida... Y á los tres meses de sobreeserse, por falta de pruebas, la causa, no se le ha visto más... Convirtió sus bienes en dinero, y desapareció sin dejar rastro.

—¿No se habrá suicidado el pobre?—preguntó cándidamente la niña ojerosa.

—¡Bah!—dijo la dueña de la casa; la historia es sólo oscura á medias... El hombre calculó bien lo del parto; no pudo evitar luego lo de los niños, y tuvo que remediar el yerro... La pobre señora era rica, y él, pobre; era enfermiza y fea, mientras la dama misteriosa debía tener, por lo menos, la belleza terrible de una Lady Macbeth. En esta injusticia del reparto divino y social pueden hallar una disculpa al hecho los aficionados á llamar delitos á ciertas reivindicaciones. El buen don Ramón es un caso de voluntad, uno de esos seres tenaces y taimados como ya quedan pocos; hombres-limas contra el hierro de la fatalidad los llamo yo. Estoy segura de que ahora estará en cualquier rincón del mundo, viviendo feliz... al lado de la máscara trágica.

El canónigo tamborineaba con los dedos sobre la tersura del abdomen. Había en todos los rostros suave beatitud de complacencia. Los ojos del señor Benítez buscaban con afán los ojos atónitos de la muchacha, que, involuntariamente, tenía contraída la nariz, cual si su olfato, sutilizado por la virginidad, percibiese el hedor moral de la reunión.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

DIBUJO DE ECHEA

UN ARBOL CENTENARIO



Gigantesca encina, de más de doscientos años, existente en Palausolitar (Barcelo..a) FOT. DE PEDRO CANO BARRANCO

AL MARGEN DE LOS EVANGELIOS

LAS LÁGRIMAS DE MAGDALENA

Por los caminos de Emaus vió llegar muchedumbres esperanzadas. Venían hombres de Bethania, con túnicas azules y sayales parduzcos. Mujeres de Belén, morenas, bajo mantos que las sofocaban. Pescadores de Tarichea y de Galeb, sudorosos, remangados hasta la rodilla. Viejos mendigos cananeos, apoyados en báculos y con zurrónes á la espalda.

A lo largo de los senderos, las mujeres, llevando en brazos á sus hijos, cantaban salmos. Tendido sobre un asno, como sobre una cama, un tullido, á la sombra de las higueras, llamaba al «hijo de David». Y junto á él, entre el corro, que aguardaba trémulo, María Magdalena se cimbrea como un lirio.

Jesús iba á llegar. Unos instantes de congoja, y ante sus ojos pecadores estaría el solo hombre sin pecado. La suave y mansa doctrina le traspasaba el corazón. En los umbrales del Mis-

moral. Jesús, que sentía en sí una gran fuerza moral, era lógico que se considerase con facultades de curación. «Convencido —añade Renán— de que las puntas de su túnica, la imposición de sus manos, la aplicación de su saliva hacían bien á los enfermos, hubiera sido inhumano y cruel negándoles su curación.»

Las muchedumbres se acercaban. Sentíase las jadear en su marcha pesada y silenciosa, que levantaba polvo como un rebaño. Al fin, todos los brazos se alzaron del lado del sol, y, por entre las ramas de higueras, seguido de doce hombres, avanzó Jesús.

Era flaco y moreno. Venía lentamente, como un sonámbulo, arrastrando su túnica desgastada y sus sandalias rotas. Los cabellos enmarañados, las manos juntas, y en los ojos una ternura que hacía llorar, llegóse el Nazareno hacia el tullido, que seguía quejándose.

ensueño de un Jesús bello y poderoso, con armadura reluciente, á caballo, magnífico y triunfador como un caudillo de Israel.

¿Y era aquel hombre, fatigado y polvoriento, amigo de aldeanos y de pescadores, el hijo de David y elegido del Señor? Como sus experiencias de cortesana no concebían gracia ó poder más que en los procónsules, senadores, quirites, pretores y centuriones, esto es, en la fuerza ó en el dinero, María de Magdala sintió el dolor agudo de su desencanto. ¡Raza de esclavitud, la suya!

—¿Quién es esa mujer?—preguntó Jesús, porque habiendo leído en su corazón, quiso probar su fortaleza.

Y fué tal la dulzura de aquella voz, que, entre el pasmo de todos, la cortesana rompió á llorar.

—Mujer—dijo el Maestro—, no llores tu flaqueza, que es tu vestido. Porque en verdad te



«La Magdalena, penitente», cuadro de Ribera, que se conserva en el Museo del Prado

terio sentía su alma como nueva. «Todo lo que era, ya no es»—suspiraba, con terquedad de niña. Y el aire, refrescando su cabellera, se perfumaba entre los bucles como entre rosales en flor.

Las mujeres la contemplaban admirativas. El esplendor de sus collares la revestía de aureolas. Y alta y lánguida, bajo el manto asomaba el brazo desnudo, con ajorcas, como el de una emperatriz.

Lentamente, el tullido se quejaba encima de su asno: «¡Ven, hijo de David, y sáname!» Ningún hijo de Israel podía esquivar aquella fuerza de las curaciones milagrosas. «El milagro en aquellos tiempos—dice Renán—se consideraba como el sello de la divinidad y el signo de las vocaciones proféticas. Jesús desconocía la Medicina como ciencia, y creía, con casi todo el mundo, que las curaciones habían de hacerse por prácticas religiosas.»

Desde el momento en que la enfermedad se consideraba como castigo de algún pecado, ó como hechizo de algún demonio, y jamás como resultado de causas físicas, el mejor médico era el hombre bueno y santo que tenía poder sobrenatural.

La curación se consideraba como una cosa

Se agolpó el gentío tras Él. Los hombres se empujaban, y las mujeres alzaban en brazos á sus hijos. Hubo un silencio de temblores y de ansiedad. Cerráronse las bocas y se abrieron los corazones. Por los huertos de Emaus volaron las palomas del milagro.

Reventó el aire en un clamor triunfal, y la multitud, llevando al ex tullido en hombros, invadió los campos. Un grupo de pastores, alfonbrando el camino con sus azuleas, danzó al son de flautas de barro. Y cortando ramas de higuera y de granado, las mujeres, llevando á sus hijos, rodearon al «hijo de David».

El cual, sentado en una piedra del camino, con las manos cruzadas y una dulce fatiga en la faz morena, levantaba los ojos á su Padre, que está en los cielos.

ooo

Apartada de todos, tan abstraída, que parecía estar durmiendo en pie, María Magdalena perseguía el misterio de aquel milagro. Ella no era fanática como los pobres. Su incredulidad y su mundanismo, aventados al soplo de la leyenda, volvían hacia ella con mayor furia, como vuelven los oleajes contra el peñasco.

La visión de Jesús, flaco, pobre y con las sandalias rotas, había destrozado aquel acariciado

digo que la espada hiere y que sólo el bálsamo cura. Y si quieres ver por tus ojos cómo es el reino de los cielos, da esos collares á los pobres y sígueme.

Entonces, sólo entonces, fué cuando en el camino de Emaus, junto á un molino, y debajo de unas higueras, María de Magdala perfumó con sus bálsamos los divinos pies, enjugándolos con la mata de su pelo.

Todavía, en su abdicación, otro dolor más hondo la esperaba. Y fué que unas mujeres, viéndola de rodillas y despojada de sus joyas, apartaron de ella á sus hijos, como de una leprosa.

Jesús, con modos suaves y palabras donde temblaba el amor de Dios, dijo entonces á las mujeres: «Dejad que vengan á mí los niños. Y tú, hija del pecado, aguardame.»

Y mientras rodeado de pequeñuelos, juntas las manos y los ojos vueltos á su Padre, Jesús oraba silencioso, María Magdalena, de rodillas, lloraba sobre las ruinas de su esplendor.

Y lentamente caían sus lágrimas sobre los collares y ajorcas, esparcidos entre la hierba, como la lluvia sobre los huesos de un osario...

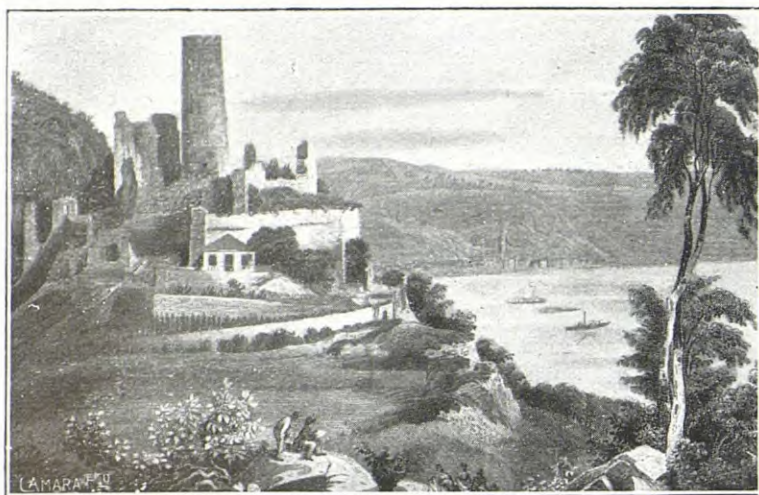
CRISTÓBAL DE CASTRO



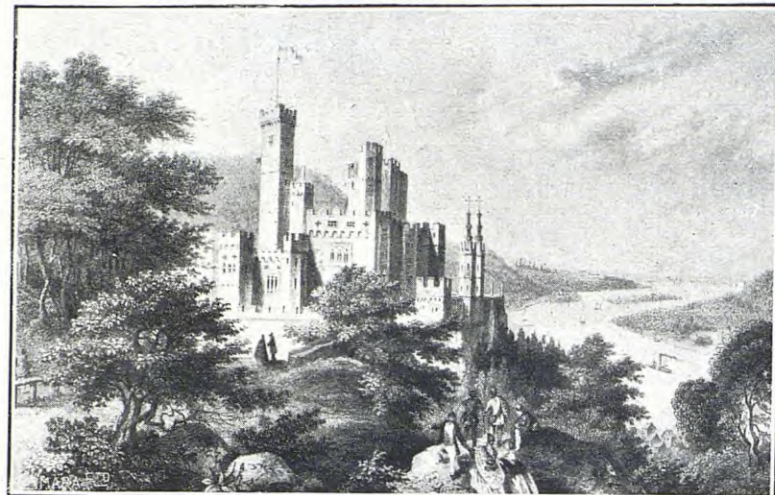
Un ómnibus de los que hacían el servicio público en Londres, empleado en la conducción de municiones durante un combate, y destruido por el fuego de la artillería enemiga

Dibujo de Matania

UN ENSUEÑO FRANCÉS ¿QUIÉN BEBERÁ EL VINO DEL RHIN?



Ruinas del castillo de Fürstenberg



El célebre castillo de Stolzenfels

PARACE comprobado que en los tratados de la alianza franco-rusa se expresaba el deseo francés de reconquistar la Alsacia y la Lorena, y, además, el de extender la frontera francesa hasta el Rhin, sirviendo de fronteras con Alemania sus orillas, por lo menos hasta su confluencia con el Mosela, en Coblenza, y por lo más, hasta Elberfelde, término de los hermosos valles del famoso río.

En realidad, la aspiración francesa tiene la legitimidad de cuanto está inspirado en el amor de la belleza, en el encantamiento de los hermosos paisajes, en la añoranza de los pasados tiempos y de las guerras victoriosas no olvidadas. Además, con ese admirable vergel del Palatinado, sería Francia la bodega del mundo. Unid á sus burdeos rojos y sus champañas espumosos los vinos blancos del Rheingau, y podréis servir la más exquisita mesa que pueda apetecer Heliogábalo resurrexo.

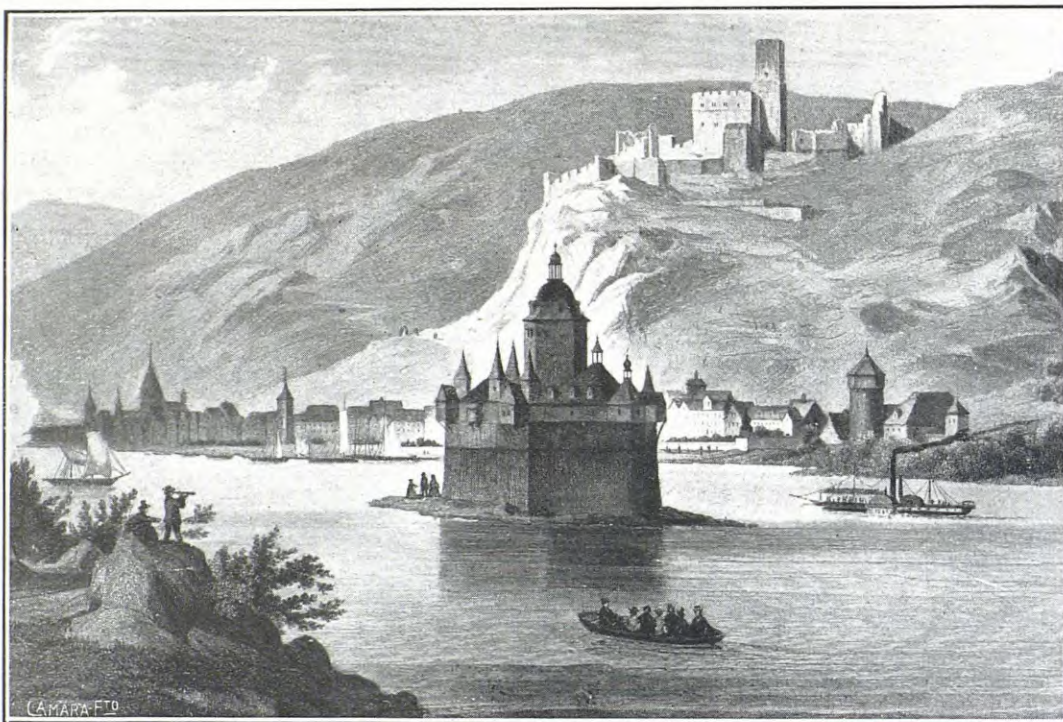
Porque vosotros, los que no hayáis recorrido las orillas del Rhin, y os hayáis aposentado en sus ciudades y en sus villas, donde parece resucitar la Edad Media, no tenéis idea de cómo son estos vinos, que, á pesar de su acidez, acarician el paladar con una sensación indefinible de suavidad perfumada. He aquí, en el centro del distrito del Rheingau—como

si dijéramos el Jerez alemán—, el castillo de Johannisberg, con sus laderas festoneadas de viñedos.

Si no habéis tomado allí mismo una copa de este delicioso vino, que apenas tiene alcohol, decid que no conocéis el auténtico Johannisberg, aunque hayáis descorchado muchas botellas que lleven este nombre en su marbete.

No llega á quince hectáreas la extensión de este viñedo, y su explotación se hace con tal cuidado, que muchos años, si no han sido favorables las condiciones climatológicas, no se almacena y labora el mosto producido. Y cuando la vendimia ha sido buena, antes de ir los racimos al lagar, son expurgados grano por grano, y sólo se pisan y convierten en mosto los bien sazonados y no tocados de pájaros ó de insectos. Así, el verdadero Johannisberg no se encuentra más que en las mesas de los príncipes y de los millonarios.

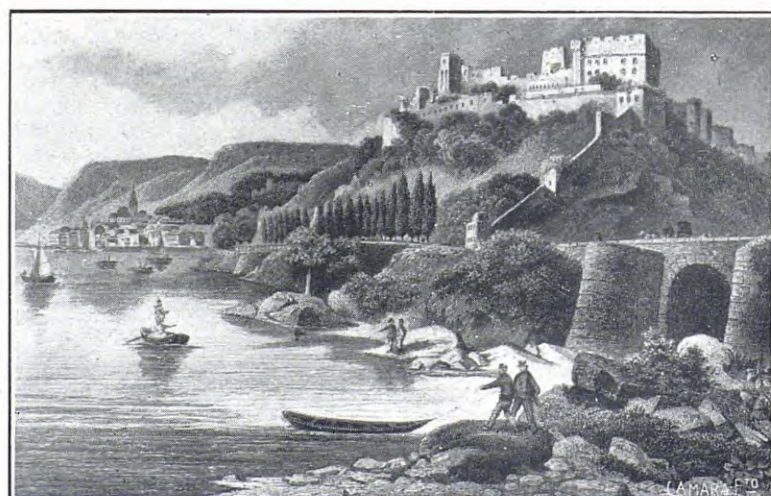
¿Quién acertó á elegir este sitio estupendo y creó esta industria? Fueron unos benedictinos, que rodearon de viñedos su abadía y llenaron con su espíritu estos lugares. Luego, esta tierra ha sido siempre propiedad de príncipes. La poseyó el rey Guillermo I de los Países Bajos; más tarde, Napoleón conquistador, la regaló al



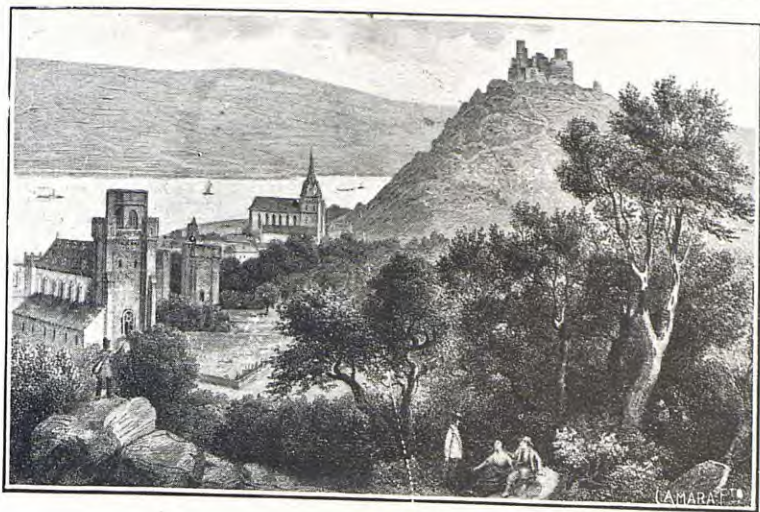
Ruinas del castillo de Gutenfels, la villa de Caub y el Pfalz



El castillo de Rheinstein



El castillo de Rheinfels y San Goar



Castillo de Rheineck



Castillo de Lahneck

mariscal Kellermann, y, al cabo, pasó á manos de la familia Metternich; familia de hábiles diplomáticos que se creería deshonrada si desmereciese de su tradición una sola gota de su precario Johannisberg.

Pero ¿qué importa que sólo los millonarios puedan beber ese licor del Olimpo, si un poco más allá las fecundas orillas del Rin producen el llamado *Johannisberg-Klaus*, y los famosos viñedos del conde Schœnborn llenan el mundo de vinos parecidos? Además, lector, ¿no ha bebido usted el *scharlachberger* que se produce en Bingen? ¿Ni los mostos exquisitos de Rüdesheim y de Geisenheim, ni el maravilloso tinto que se cría en los alrededores de Assmannshausen, y es igual que el mejor borgoña; ni el vinillo blanco de Marcobrum, ni el *steinberger* de las cepas del duque de Nassau, que quiere competir con los Metternich; ni el *rahuenthal*, ni el *hochheim*, ni el popular *engeheller*, que está al alcance del pueblo, y le acompaña en su mesa diariamente? Acaso, lector, ¿tampoco conoce usted las tres glorias embotelladas del Palatinado: el *rupertsberger*, el *deidesheimer* y el *forster*? ¿No ha oído usted siquiera hablar alguna vez del vino que irreverentemente se llama *liebfrauenmilch*, esto es, *leche de la Virgen*, nombre que no tuviera disculpa si no anduviese tolerado en plena fama el italiano *lágrima-Christi*?

Pues si no conoce usted nada de eso, ni el *niersteiner*, ni el *oppenheimer*, ni el *laubenheimer*, ni el *bodenheimer*, ni el *scharzhof*, ni el *ober-emmael*, ni el *grünhaus*, ni el *brauneberg*, que tiene fama de herir á los hombres en el corazón más que en la cabeza; ni el *walporzheimer*, ni el rojo *affenthaler*, ni el blanco *klingenberger*, ni los espumosos que impiden que el champaña francés se consuma en Alemania, diga usted que no sabe ni puede imaginar por qué se llegó á la alianza franco-rusa.

¿Quién podrá censurar estas codicias de los pueblos que se sienten grandes, fuertes y ricos? Todo el cauce del Rin, desde que sale del lago de Constanza hasta que llega al mar, es de una

poesía infinita. Nada hay en el mundo más vario, más rico, más bello, más lleno de sugerencias espirituales. Lugar de enconadas guerras, no hay ciudad ni aldea, fuerte ni castillo que no conserve huellas de las manos francesas. He aquí el castillo de Rheineck, que reconstruyó un Bethmann-Hollweg, antepasado del último canciller prusiano; en 1689 los franceses no dejaron de su espantable fortaleza sino la torre del homenaje. He aquí el castillo de Lahneck, que engrandecieron los templarios; en 1688 los franceses lo convirtieron en un montón de escombros. He aquí, más desgraciada, la fortaleza de Fürstenberg, que parecía inexpugnable y que no ha sido reconstruida; la arrasaron los franceses en 1689, y allá quedan sus ruinas. He aquí Stolzenfel, el más bello castillo feudal de la Edad Media, destruido por los franceses en 1639 y reconstruido por Guillermo I, el vencedor del 70, que hizo allí una de sus hermosas residencias, verdadero museo del arte alemán, donde la historia prusiana ha tenido los más inspirados intérpretes y donde ricos lienzos de Van Dick, Rembrandt y Teniers comparten con Durero la admiración de las gentes. He aquí el castillo de Schonberg, destruido también, como otros tantos, por los franceses, en 1690, que no ha encontrado una mano piadosa que lo reconstruya. A todo lo largo del Rin, la época feudal dejó estas prendas de su soberbio poderío. Las más de ellas han sido reconstruidas, respetando el aspecto exterior que cada castillo tenía. Así, con las obras arquitectónicas se ha conservado la aureola de la historia y el misterio de la leyenda. Nada más encantador, en medio de su sencillez, que ver el Pfalz en una isleta del Rin. En el fondo, las ruinas del castillo de Gutefels; á su pie, la villa de Caub. En la orilla izquierda están las ruinas de Schœnberg, y una encantadora aldea: Oberwesel; por allí pasó, en la noche última de 1813, y en el amanecer del 1814, el ejército de Silesia. Apenas el ferrocarril traspone un túnel, aparece uno de los más bellos espectáculos que el Rin nos ofrece: la vista de San

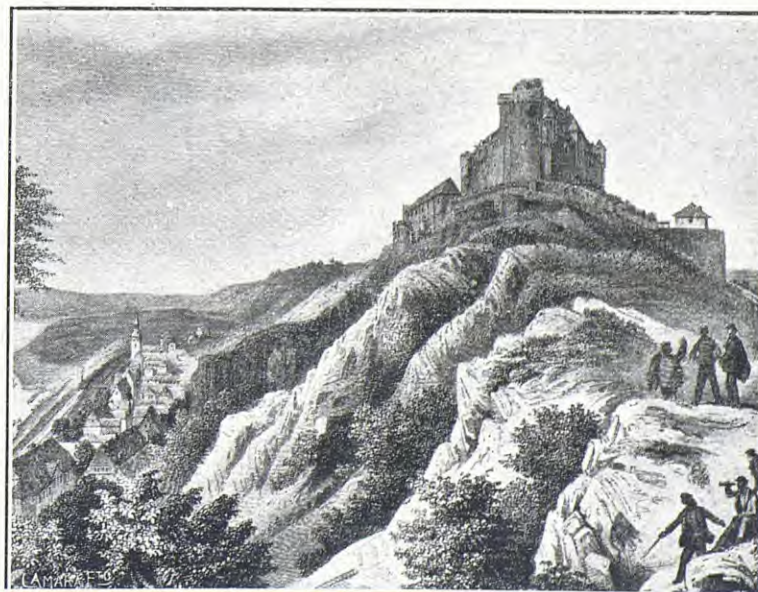
Goar, con las grandiosas ruinas, no tocadas, de Rheinfels. ¿Queréis oír la historia de este castillo? Lo alzó el conde Diether III, y creó un derecho de peaje y otras expropiaciones en su dominio. Un día sublevóse el pueblo y cercó el castillo y estuvo quince meses luchando inútilmente por tomarlo. Luego, cuando los pecheros se retiraron, no vencidos, pero sí cansados, fueron tremendas las represalias del conde Diether. Más tarde, en 1692, los franceses, en número de 24.000, tomaron la fortaleza y la arrasaron. En 1812, Napoleón conquistador, vendió estas bellas ruinas en 12.500 francos. He aquí otra linda historia. Sobre dos cumbres, junto al convento de Bornhofen, se alzan las ruinas de los Gemelos: eran dos hermanos, tan unidos, que quisieron tener fronterizos sus castillos señoriales; pero un día conocieron á Laura, y se enamoraron de ella, y se la disputaron á cintarazos, y murieron en la contienda, y los castillos quedaron abandonados y vacíos, y el tiempo los ha ido desmoronando, mientras que en el aire parece que va de unas á otras almenas el eco de dos voces que repiten: ¡Laura! ¡Laura!... Sobre peñascales adustos se alza Rheinstein, el castillo que edificó el príncipe Federico de Prusia, y más allá, como un milagro de fuerza y de resistencia, el único castillo feudal que permanece intacto, tal como fué, sin reedificaciones ni reconstrucciones: la fortaleza de Marxburg, que el emperador Rodolfo habitó en el siglo xiii, y que luego, con el nombre de Marcusburg, fué prisión de Estado...

Este amor al Palatinado, este deseo de su posesión, este anhelo de gozar la poesía caballeresca de las márgenes del Rin, es un ensueño francés, muy respetable aunque no lo justificaran razones étnicas, históricas y geográficas. ¡Sobre todo, el deseo de beber sus vinos y popularizarlos en el mundo con nombres franceses, es sagrado! Los rusos han hecho mal levantando el velo de los protocolos, que guardaban el secreto de estas ambiciones.

AMADEO DE CASTRO



Castillo de Rheineck



Braubach y el castillo de Marxburg

HORA DE PRIMAVERA

*Es la hora de encanto ae los jardines,
que rima nuestras dulces cuitas tempranas
con el blancor de luna de los jardines
y el madrigal sonoro de las fontanas.
Hora de las primeras líricas citas,
mientras las niñas tejen coplas galanas
y hay en el huerto virgen de sus almitas
un florecer de ingenuas rosas mundanas.*

*«Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.»*

*¡Dolor de los gusanos entre las rosas;
voz que dice en la vieja trova florida
cómo algunas palabras son venenosas
y que hay besos que duelen toda la vida!
Y, ¡oh, dulce amor que al alma pone una venda!
Gerineldo aparece por la avenida
entre el oro galante de su leyenda,
toda ensueños la noble frente pulida.*

*Y su voz tiene un hondo
perfume de alma:
—¡Dónde irás tú, Amor mío,
que yo no vaya!*

*¡Oh, noches que han dejado fragantes rastros,
en que vimos, el alma toda arrobada,
como en lagos de ensueño, temblar los astros
en los ojos azules de nuestra amada!
Juramentos que pronto llevó la brisa.
—¡Te querré siempre!—¡Siempre! Voz encantada
del instante florido que se hizo risa
al volar al encaje de la enramada.*

*«Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.»*

*¡Oh, la carta primera! Casta paloma
que tiene en los recuerdos un santuario
y que hallamos un día, con un aroma
antiguo, en el misterio de un relicario.
¡Juventud, Primavera! Visión florida
que encanta nuestras horas de soledad.
¿Por qué las cosas bellas que hay en la vida
no tienen una gracia de eternidad?*

*La copla lleva un tierno
híron del alma:
—¡Dónde irás tú, bien mío,
que yo no vaya!*

*Se ha esfumado el romance, y el aire en calma
se embriaga de azahares y de jazmines;
¡con qué dulce saudade se abate el alma
florida y añorante de los jardines!
Gerineldo se pierde por los senderos
soñando... El cielo es una tersa laguna,
y entre la flora de oro de los luceros
en su góndola blanca cruza la luna.*

E. CARRÈRE

DIBUJO DE ECHEA



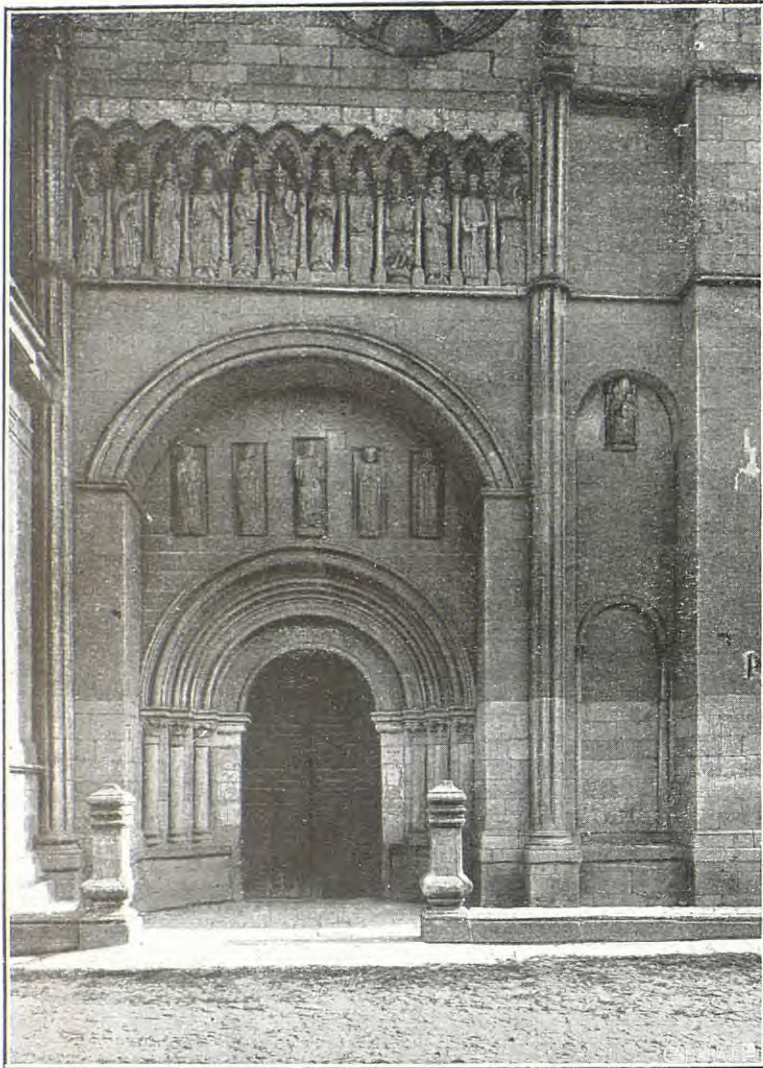
ARTE MODERNO



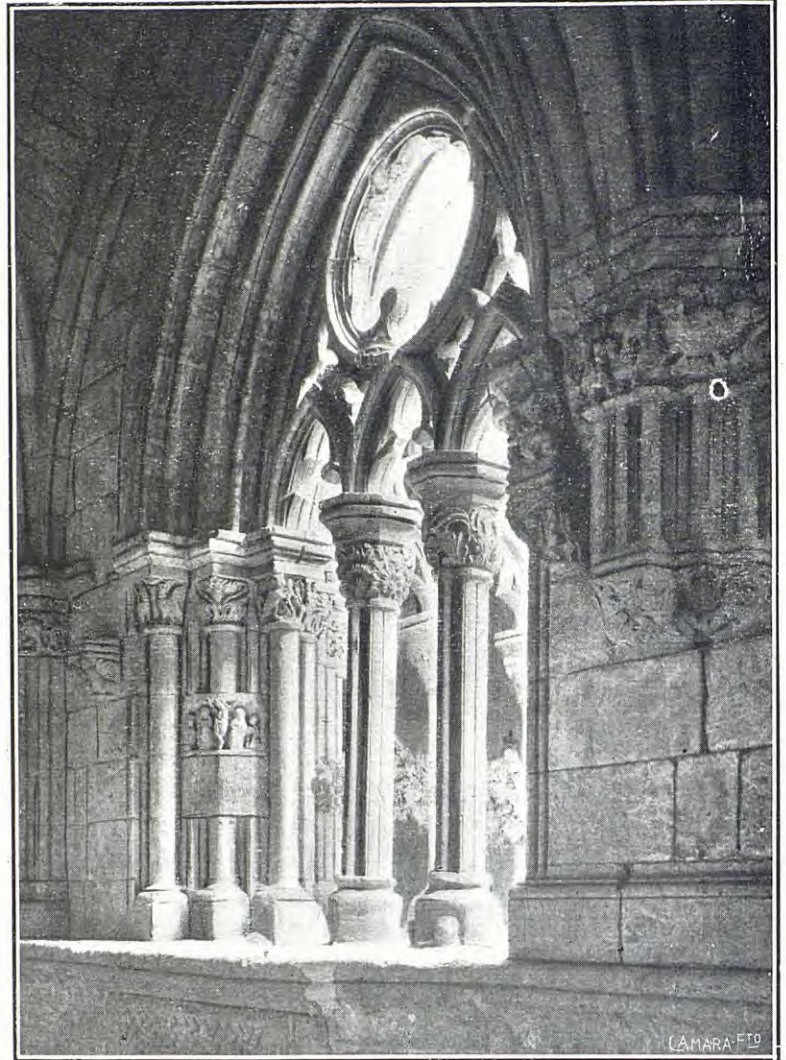
LA MADAMA COQUETA, dibujo de José Zamora

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

LA CATEDRAL DE CIUDAD RODRIGO



Portada de la fachada de Poniente de la catedral de Ciudad Rodrigo



Hermoso ejemplar de ventanal gótico del claustro de la catedral de Ciudad Rodrigo

La diócesis de Ciudad Rodrigo es una de las más antiguas de la península. Bajo la dominación goda ya contaba la vieja ciudad salmantina con sede episcopal. La construcción de la catedral mirobrigense es una obra eminentemente ciudadana. La tercera parte del portazgo de la ciudad, de la moneda, de las multas ó quintos, de las reales rentas del casco urbano y de la socampana, dedicanse al pago y dotación de la fábrica. Salamanca protesta contra la desmembración de su sede. La voluntad del monarca decide la contienda á favor de las pretensiones de Ciudad Rodrigo, y el metropolitano consagra al obispo electo, Domingo, que inaugura la segunda etapa del episcopologio mirobrigense, extinguido por el concordato de 1851, y que luego ha tornado á aparecer con obispos sufragáneos, desde 1885 hasta la fecha.

Acumulanse privilegios sobre la catedral naciente. Hay un pasaje harto gráfico en la *Crónica general*: «E el Rey Don Fernando—dice—, tomando exempro de la cibdad de Salamanca e de su pueblo, por menguar la lozania de Zamora, tomó él ende el cuerpo del Rey Don Ramiro, que yacia hi enterrado e llevó'l en la iglesia catedral... Empor esto en Salamanca e en Zamora levantóse otro sí contienda sobre la puebra que dicen Cibdad-Rodrigo...»

La catedral es coetánea á la restauración de la ciudad; cuenta, por lo tanto, con ocho siglos de existencia.

Detengámonos en la puerta de las Cadenas. Abierta en el brazo meridional del crucero, es pura, limpiamente románica. Románicas son estas columnas con capiteles de follaje; románicas son las figuras del Salvador y de los apóstoles San Pedro con las llaves y tres evangelistas con los libros. Sobre el arco de medio punto con que se cerró la puerta entre los pilares estriados que flanquean el arco, corren nichos que parecerían ojivales si no estuvieran adornados de florones, de dientes, de clavos, de pormenores bizantinos, donde encuadran doce estatuas con

apóstoles y un rey, una reina con cogulla y un monje. Al lado de la entrada, en una hornacina, otra Virgen de la época. La restauración del siglo xvi, que rehizo la pared del crucero y abrió una clara-boysa, respetó las figuras vetustas. Una y otra nave conservan las naves primitivas. Del conjunto severo destácase una importuna capilla barroca.

La fachada principal mira á Poniente. Carlos III levantó la torre en medio de esta fachada que muestra, entre pilastras, dos ventanas de medio punto con balaustrada, cúpula y linterna de remate. El cuerpo bajo de la torre, cancel de la iglesia, tiene el ingreso con frontispicio triangular y columnas corintias, que desconciertan y entristecen al primer golpe de vista. Pero no; en el fondo del cancel se levanta una estupenda portada bizantina que no disuena, sino que casa y corresponde con el tono de la plazoleta, llena de casonas viejas con escudos. Apóstoles sobre esta portada. La repisa es un capitel de imágenes toscas, más bellas en su tosquedad candorosa y primitiva que estas imágenes de ahora, bruniadas y limpias, simétricas, sin expresión ni carácter. Sobre la columna que divide la puerta en dos arcos de semicírculo, la Virgen, con el niño en brazos, preside dovejas de grupos con figuritas de medio cuerpo: ángeles, demonios, caprichos desconchados y ya borrosos. Y hay en este rincón de la catedral mirobrigense algo de la fe de roca primitiva, algo del sentimiento de la divinidad, incorporado en la piedra de esta fábrica.

En las iglesias italianas, por ejemplo, el arte nos ata á la tierra, á la forma y serenidad paganas, á la gozosa expansión triunfal del Renacimiento. En las catedrales españolas, no; esta Virgen con el niño, hermana de las viejas esculturas en madera de las vírgenes morenas, tímidas y graves de tantos y tantos pueblos españoles; estas barbas pétreas de los recios rostros bizantinos, son esencialmente cristianas y nacionales, como los Cristos sanguinolentos, los

monjes de Zurbarán y las fisonomías atormentadas del Greco.

No es tan pura la fábrica de la catedral mirobrigense por la parte Norte. Los pedestales y los fustes del siglo xvi alteran la sencillez y severidad del conjunto. El frontis de la fachada forma ángulo con la parte exterior del primoroso claustro, y hacia el Este resalta la capilla mayor entre los ábsides primitivos, con su ventanal gótico, con su corona balaustrada y con sus machones.

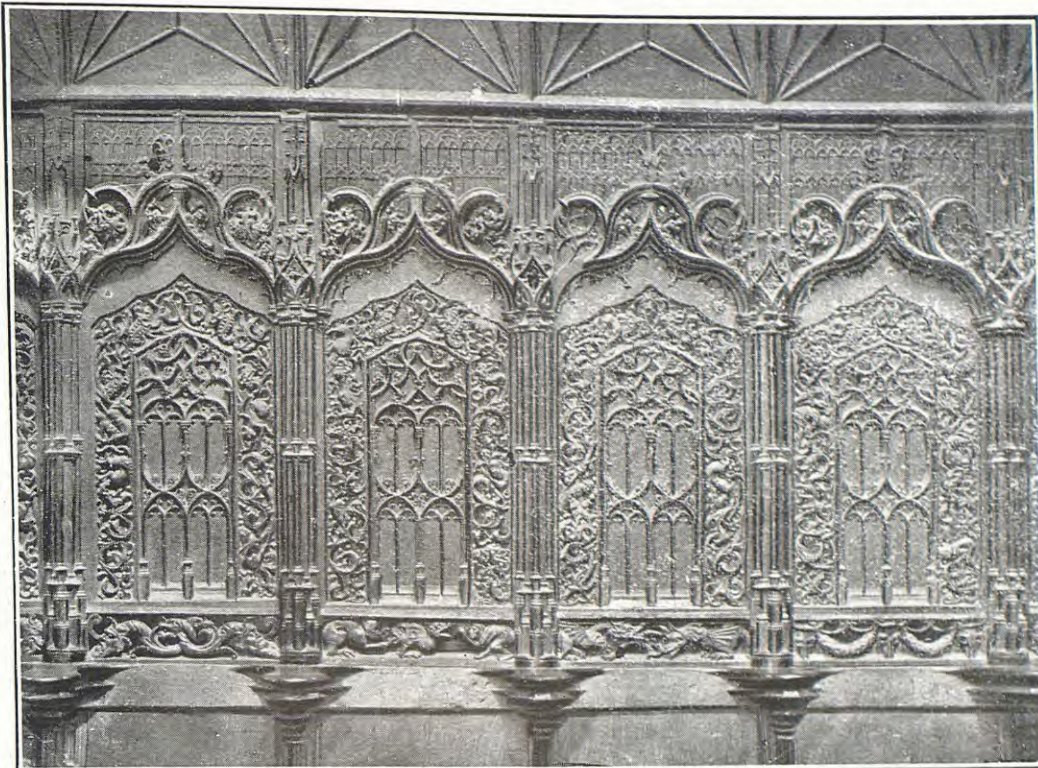
La catedral, comenzada en los últimos años del siglo xii, debió terminarse en poco más de un siglo. Puede calificarse como monumento que entra de lleno en las trazas del segundo período románico; la ojiva, desenvuelta con amplitud; los arcos de comunicación, las ventanas de la nave mayor, separándose del carácter de la época, parecen dar razón al arquitecto Sr. Lampérez y Romea, que encuentra un románico *sui generis* en algunas catedrales leonesas de la parte occidental de España—Plasencia, Astorga, Ciudad Rodrigo, la catedral vieja de Salamanca—. Acaso la nave central no tiene el desahogo, la altura de las otras de este período de transición. En la intersección del crucero con la nave falta el espléndido cimborrio de otras catedrales de la época. Pero la elegancia de las bóvedas, la solemnidad y sencillez de la fábrica son parte para que el ánimo celebre y admire aquella suntuosa exteriorización de la fe ruda de nuestros abuelos.

Las cuatro arcadas que componen el cuerpo de la iglesia hasta el crucero, terminan en capiteles marcadamente de transición. Las ventanas de la nave mayor son góticas, y, en cambio, las naves laterales—compartidas de tres en tres, siendo mayor la del centro—son bizantinas. Los arcos de la esbelta galería, que comienza en la puerta principal, se reproducen más tarde en los brazos del crucero.

La capilla mayor desentona un poco de la sencillez del siglo xii, que creó la fábrica. Desnuda de cuadros de valor, de objetos de arte, de en-

terramientos—en la que es tan fecunda la catedral vieja de Salamanca, de la que hemos hablado, años atrás, en estas mismas páginas de LA ESFERA—, la de Ciudad Rodrigo cuenta algunas estatuas yacentes. Pero hay un cuadro terrible, de curiosa leyenda, que inquietó más de una vez mi curiosidad infantil. Un obispo, D. Pedro Díaz, que vivió allá por los años del Señor de 1343, escandalizó la ciudad con una vida harto licenciosa y liviana. El obispo, devoto de San Francisco de Asís, del que cuenta la tradición que estuvo en Ciudad Rodrigo en 1214, mientras se edificaba la santa basílica, el obispo, digo, obtuvo, por intercesión de su santo patrono, el ingenioso poeta de la Umbria, la gracia de resucitar, mientras se celebraban las exequias por su alma. Levantóse del féretro el obispo, y aprovechando los veinte días de prórroga que Dios le concediera para enmendar su vida, dióse á toda suerte de penitencias, macerando sus carnes con el cilicio, haciendo obras de caridad, predicando la palabra divina con singular eficacia. El cuadro representa el momento de la resurrección del prelado. Sin que vayamos nosotros á analizar las fuentes de la leyenda, sí diremos que ella armoniza muy bien con el ambiente trágico y adusto de la ciudad castellana.

Detengámonos un momento en el coro. Las sillas, primorosamente labradas en el siglo xvi por Rodrigo Alemán, que también labró el coro



Detalles del coro de la catedral de Ciudad Rodrigo, obra de Rodrigo Alemán

de la catedral de Plasencia, son de las más deliciosas que puedan admirarse en catedral alguna. Las sillas inferiores contienen mascarones y animalillos fantásticos en el respaldo de los asientos; las superiores, labores y doseletes de caprichosos arcos en agujas. Una de las fotografías del distinguido *amateur* D. Telesforo Pérez Oliva reproduce menudamente la estupenda arquería, calados góticos sobre friso plateresco, que rodean, elegantemente, la cerca del coro.

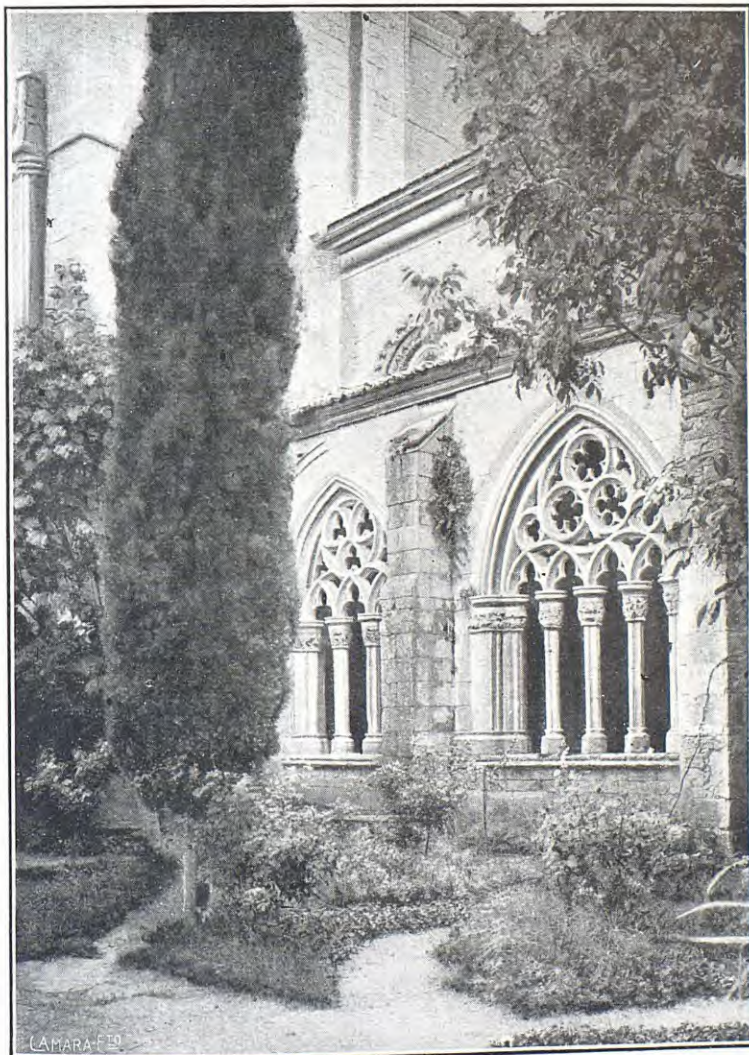
La maravilla de la catedral es, para mi gusto, el claustro, restaurado bastante lamentablemente

por el Sr. Cabello y Lapiedra. Son distintas las cinco grandes ojivas del claustro. La occidental, que por todas las señales es la más vieja, divide sus arcos en tres, en forma de trébol, por medio de columnas de capiteles románicos. El lienzo del Mediodía es posterior. No son ya tan gruesos los capiteles; las estrellas, recortadas entre sus encajes, completan de lejos la perspectiva. Las alas del Norte y del Este, trazadas con arreglo á la ornamentación gótica, tienen arcos con pilares sin capitel; los calados son inferiores á los de los otros lienzos, y los contrafuertes exteriores rematan en botareles de crestería. Las bóvedas de arcos, como los demás cruzados, son también inferiores. En los muros hay nichos, vacíos, generalmente, si bien en la restauración se ha descubierto una ingenua y tosca Virgen bizantina.

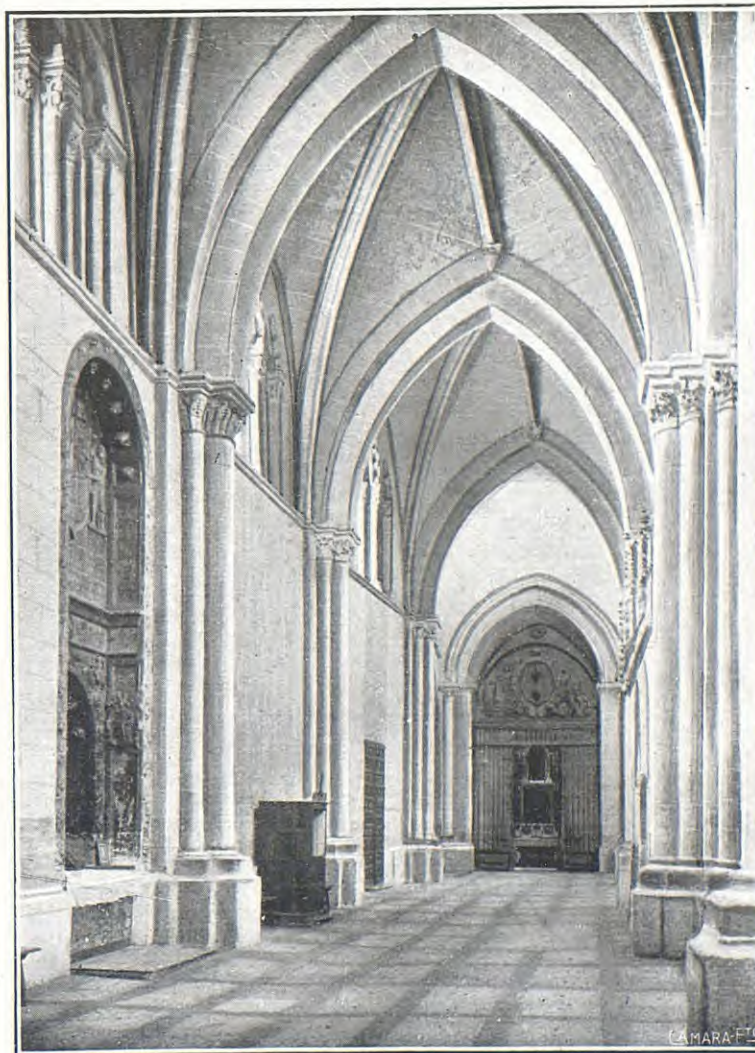
Fuera del claustro florece un jardín que embalsama el ambiente silencioso, donde van á morir las cadencias del órgano del coro y el murmullo lento de los cantos canónicos, que lloran las desdichas de David y el supremo dolor del rey sabio.

Es muy dulce soñar en esta catedral, con los ojos abiertos, ante el cuadro del obispo que resucita, y en el claustro silencioso, en cuyo recinto trepan las plantas parasitarias.

José SÁNCHEZ ROJAS



Vista parcial del interior de la catedral de Ciudad Rodrigo



FOTS. PÉREZ-OLIVA Vista parcial del patio y claustro de la catedral de Ciudad Rodrigo



MAR ADENTRO

*Es la Noche de Otoño. Mi nave
va empujando el Azar mar adentro;
bajo el beso lunar, duerme el agua;
se oye un canto lejano; yo, sueño...*

*La dejé hace un instante; en sus ojos
descubrí un dulce adiós lastimero.*

*—¡No te vayas!—muy quedo me dijo.
—¡Es preciso!—le dije muy quedo.*

*Aunque lejos me marchó, conmigo
irá siempre tu amor; el anhelo
de lograr la soñada victoria,
mi acicate será en los recuerdos,*

*y pensando en el día en que, juntos,
un hogar para siempre formemos,
estaremos muy cerca, muy cerca,
aunque estemos muy lejos, muy lejos...*

*Y estreché entre mis manos las tuyas
—¡bellas manos de amor!—, y en silencio
de su lado me fui. ¡Y parecía
que al marchar, se rompía mi pecho!*

*Es la Noche de Otoño. Mi nave
va empujando el Azar mar adentro;
bajo el beso lunar, duerme el agua;
se oye un canto lejano; yo, sueño...*

*Ella dice que es mía su vida;
que si yo la olvidara, al saberlo,
moriría de pena; ella dice...*

jella dice que me ama, y lo creo!

*Me lo juran sus tristes pupilas
cuando, fijas en mí con anhelo,
en su fondo de abismo descubro
del amor infinitos secretos.*

*Me lo juran sus blancas mejillas
cuando, cerca de mí, en el misterio
de las Noches azules de Estío,
palidecen cual flores de muerto.*

*Me lo jura su boca purísima
—bello cáliz de bordes sangrientos—,
cuando se abre amorosa y sonríe
eucarísticamente en un beso.*

*Me lo juran sus manos benditas
cuando ungen mi frente de ensueños,
cuando laten igual que palomas
en mis manos de fiebre y deseo...*

*No me engaña, lo sé; estoy seguro;
mas si un día se abriera su pecho
á la infame traición, la amo tanto,
¡que en su amor seguiría creyendo!*

*¡Oh, nocturno de Otoño! Mi nave
va empujando el Azar mar adentro;
bajo el beso lunar, duerme el agua;
se oye un canto lejano; yo, sueño...*

*¡Amor mío! Quizá en este instante
ruegas tú por mí á Dios, en silencio,
de rodillas, cruzadas las manos,
como oraba Jesús en el Huerto.*

*Quizá yaces rendida en el tálamo,
por la lucha tenaz del recuerdo,
y me envías tus vagos suspiros
y la cálida flor de tus besos.*

¡Quizá lloras!...

*¡Oh, Mía! Sé fuerte;
ten valor; no desmayes; el Tiempo
vuela audaz; mas si pasa la Dicha,
también pasa el Dolor; esperemos.*

*Esperemos los días felices,
y si el Hado mostrárase adverso
con nosotros, no importa: ¡adelante!
¿No es la vida soñar? ¡Pues soñemos!*

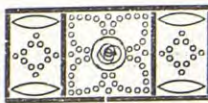
Ramón DÍAZ MIRETE

LA ESFERA

PINTURA ALEMANA



LA DAMA AZUL, cuadro de Leo Putz



— ARTISTAS —
CONTEMPORÁNEOS



LEO PUTZ



“Fin de otoño”



“Fantasía”

Es esa fragancia luminosa que emana de la Naturaleza en los renacimientos vernaes, ese contagio de alegría expansiva que sugiere la juventud, diríase que constituyen la esencia de la pintura de Leo Putz. Es una sensación bien primaveral y bien juvenil la que sus cuadros imponen como un credo de optimismo dicho a plena voz en una mañana radiante, y desde un jardín florido para una asamblea de muchachas bonitas.

Contribuyen á tan jocundo resultado estético la glorificación exaltada de los colores y el culto sostenido de la mujer.

Y no se entienda solamente la exaltación colorista en el sentido—más frecuente, sin embargo—de los tonos, casi enteros y agresivos de tan puros; del azul ultramar, el cadmio caliginoso, el verde rutilante, el índigo oriental, el cobalto profundo. Leo Putz gusta igualmente de sutiles modulaciones cromáticas, de lánguidos acordes grises que van desde el viril acero hasta la fría ceniza; amarillos pálidos, de sol invernal, de carnes sorbidas por la tisis, de fulgores lívidos y lejanos en espejos que el crepúsculo patina de misteriosas vaguedades; violetas desvaídos con valores temblorosos, como esos sutilísimos quejidos que pone Chopin en los violines.

Pero esta complacencia en las notas frías y finas, este diletantismo de la melancolía feble no excluye tampoco su himnaria rotundez. Es un cantor de la vida amplia, fecunda, un temperamento sensual, que funde en una misma ansiedad amorosa los cuerpos femeninos y los colores; los espectáculos naturales y las fantasías imaginativas, siempre que respondan—consciente ó inconscientemente—á un concepto regocijado y feliz de la existencia.

Así se encuentran de tal modo hermanadas su ideología y su técnica; el pensamiento que vibra dentro de la vibración externa de los valores.

«Pinta largamente—dice el muniqués Gos en un estudio consagrado á Putz en *Arte y Decoración*—por grandes planos en un tono local; vienen á colocarse primero las sombras y las luces, encajadas con justeza, y luego los tonos intermedios, suavizantes, flexibles. El dibujo, ampliamente tratado, casi de un modo escultórico en su indica-

ción de los planos, podrá ser dulce, pero nunca blando ni muelle, y siempre impregnado de vida.»

Y von Ostini, en su somera biografía de *El Arte y el Color*, fija con las siguientes palabras el otro aspecto de Leo Putz, el de su finalidad espiritual:

«El cuadro de Leo Putz, retirado de la Exposición por orden del ministro de Cultos, formó parte durante algunos años, casi invariablemente, de las condiciones de apertura de toda Exposición en Munich.

«Nunca, sin embargo, se le ocurrió á nadie dudar por esto de la pureza de intenciones del joven pintor. Se notaba en esta sensualidad atrevida, tal vez insolente, pero jamás lúbrica, la manifestación de una salud robusta; no la malsana complacencia de un espíritu corrompido.»

Leo Putz, afiliado á la moderna pintura alemana, es un austriaco. Invocó esta salvedad como una explicación de por qué ha sabido conservar la elegancia racial de los austriacos en medio de la pesantez maciza ó de la estridencia colorista de las modernas tendencias germánicas.

Nació en el Tirol, en Merán, el 18 de Junio de 1869, y, como siempre que hallamos fuertemente acusado y característicamente destacado un temperamento de pintor, ese pintor ha tenido maestros mediocres, ó de orientación antagónica á la suya.

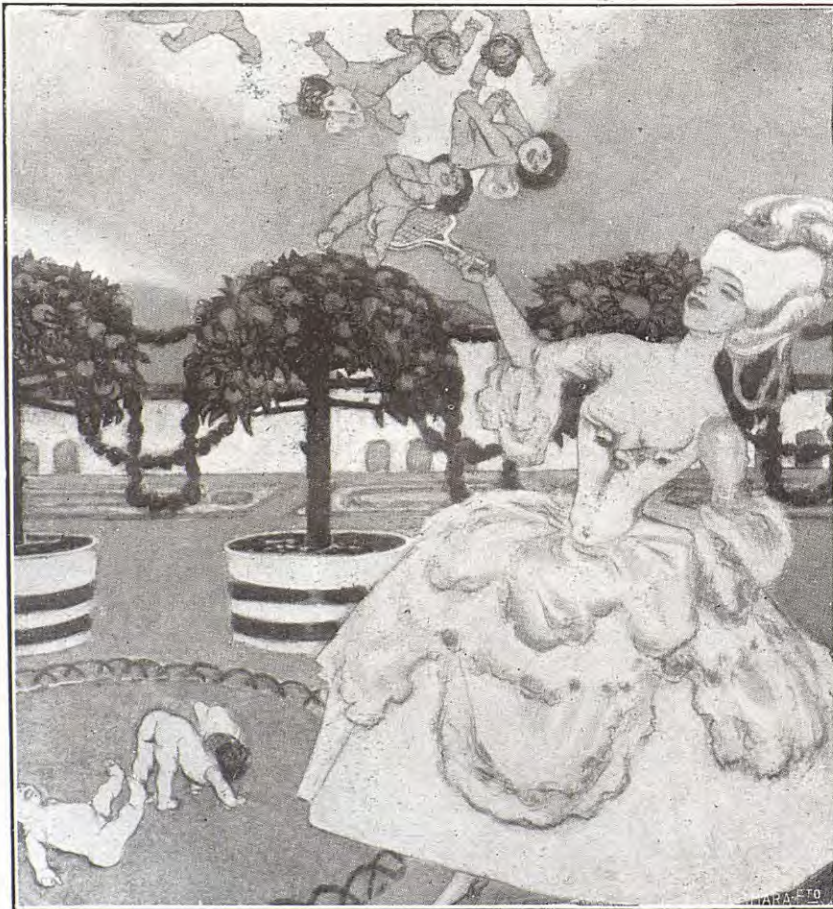
Es el caso de Putz. Discípulo, en Munich, de Roberto Poetzlbager y de Hackl, y en París, de Bouguereau, nada conserva de lo que pudiera aprender de estos maestros circunstanciales. Fué Paul Hoecker, tal vez, quien le orientó en el sentido liberal de su verdadera personalidad.

El nombre de Paul Hoecker salta siempre que nos asomamos á los comienzos de la actual pintura alemana, de los grupos munienses de *La Motte* y la *Scholla*, de los que vinieron después del grupo de los seccionistas. Es el impulsador de aquellas renovadoras aspiraciones que en torno de Fritz Erler habían de formarse, y que conservaban reminiscencias fantasistas á lo Böcklin, pero realistas, vigorosamente realistas, á lo Angelo Jank y á lo Habermann.

Leo Putz, incluso en sus caprichos de los «caracoles humanos», de la personificación de la perla, resistiéndose á ser arrancada del húmedo refugio de sus valvas, aparece desligado de «esa necesidad de la epopeya decorativa, un poco legendaria y mítica del genio alemán que se encarna en Schwind, Böcklin ó Erler.»

Más bien atribuiremos esos escarceos en el mundo quimérico y sobrenatural á su educación infantil. El propio artista lo confiesa en la obra que le consagra Michel Wilhelm. En los días lejanos de su infancia, en la casa paterna, Leo Putz hojea libros de cuentos fééricos. «A esos libros—dice el autor de *La dama azul*—debo el ser pintor hoy día.»

Así, los lienzos de creaciones fantasistas tienen un fondo de ingenuidad, de gozosa ternura, de alegre intrascendencia. Esa sensación de jugosa espontaneidad, de claro instinto que tiene su pintura, se acentúa de un modo levemente caricaturesco, como si



“Scherzo”
(Cuadros de Leo Putz)



Tres retratos femeninos, por Leo Putz

jugara con las masas y con las líneas, en lógica consecuencia de jugar con las ideas.

No es aquí, sin embargo, donde debemos buscar á Leo Putz, sino en los retratos femeninos, en los desnudos de mujeres rubias, cuyas carnes traen el recuerdo de pulpas de frutos sazonados, de flores calidecidas de primavera; en las regocijadas meriendas de aire libre á lo Manet; en las románticas—sin tristeza—, y melancólicas—sin amargura—evocaciones del Viena no muy lejano y del Munich todavía no demasiado pretérito.

«Le choix de ses sujets—observa muy agudamente Villiam Ritter en *L'art et les artistes*—semble uniquement dicté par l'amour des nuances rares et mouvantes, dans une ambiance indecise. Cela se passe dans les jardins somnolents de l'Allemagne d'autrefois, en pique-nique, et en thé. Au loin entre les arbres apparaît la muraille crémeuse aux volets verts, mais le crépissage jaunit ou verdit sous les reflets et, du tout, les plus rares acordes degagent, des neuviemes a la Debussy. Et c'est partout, dans ces bocages plantés au temps du *Stille Garten*, sur ces parterres de style *Biedermeier*, l'atmosphère de *l'Après midi d'un faune*. Les affinités électives et *Frau Sorge* s'y completent bizarrement mais harmonieusement.»

Es cierto. Las mujeres de Goethe y las de Sudermann se funden dentro de la mujer de Leo Putz. Es la Carlota de antes de ayer y *La mujer gris* de ayer á las que se ha unido la vienesa de hoy, cuyos pensamientos acunan los opuestos ritmos de los dos Strauss tan diferentes.

¿Se comprende ahora por qué hacíamos resaltar el origen austriaco del pintor afiliado á la moderna escuela múniquesa? No es un nórdico,

sino un meridional. Si se cita, á propósito de él, á Habermann, también se cita á Manet.

El gran pintor francés representa su verdadero antecesor, su influencia menos dudosa. Tiene idéntico amor al aire libre, á la Naturaleza y á la mujer. Hasta su misma nostalgia por las

lo Manet, á lo Renoir, á lo Constantin Guys, á lo Degas, á lo Alfredo Stevens—el belga más francés que flamenco—, vivían solamente la vida inaccesible de los cuadros...

Pinta, en cambio, la mujer contemporánea en toda su elegancia, cada vez más esplendorosa y más triunfadora. Nuestro siglo xx es, como el siglo xviii, el cómplice extasiado de la feminidad. El orientalismo renaciente de las artes decorativas lo constituyen un escenario encantador y tentador. Las telas, las cerámicas, las joyas, los complementos suntuosos del hogar, cada vez más refinado y artístico, vuelcan á sus pies tesoros del color y armonías fastuosas.

Por la *Jugena* va desfilando la triunfal teoría después de las Exposiciones, bajando de las amplias decoraciones murales. Entre los perversismos decadentes de Paul Rieth, las voluntarias y conscientes acritudes coloristas de Spiegel ó Weisgerber y el enfatismo tan germánico de Adolfo Munzer, el armónico buen gusto de Leo Putz nos sosiega la retina y el espíritu, lo mismo con los retratos realistas, de un realismo ennoblecido por señoril distinción, que en las composiciones decorativas, donde hallamos jugadoras de *tennis* que raquetean amorcillos, como en *Scherzo*, y *Dianas* con grandes sombreros cocotescos y *paniers* dignos del gran siglo, encadenando con rosas enormes plantigrados blancos, como si fueran hombres.

Y pocos pintores interpretan este reinado feminal como Leo Putz en sus cuadros, donde el color parece ondular en musicales cadencias, donde las masas obtienen pastosidades acariciadoras, y en los cuales se adivina que el artista pintó como si hundiera su rostro en un ramo de rosas frescas.—SILVIO LAGO



"El buen ayer..."

faldas pomposas, las pameas de cintas flotantes, ó las capotas minúsculas del «buen ayer», encierra acaso la melancolía de llegar un poco tarde á la vida, cuando ya los modelos de los viejos artistas franceses han muerto, cuando ya estas adorables figuras, de una extraña sensualidad á



"La perla"



"Dibujo"
(Obras de Leo Putz)



"La merienda"

TIERRAS DE ARAGÓN

LA VILLA ÁRABE DE ALQUÉZAR

A seis leguas de Huesca y tres de Barbastro, en la orilla derecha del río Vero, y en medio de un paisaje de una grandiosidad aplastante, alza su caserío la villa árabe de Alquézar, henchida de recuerdos históricos y avalorada con sorprendentes residuos artísticos de una época de poderío y riqueza. Diríase hallarnos ante la porción de un gigantesco mapa en relieve, examinando la representación de una península. Las casas de Alquézar semejan curiosos asombrados ante la fragosidad del peñón, coronado por los restos del castillo, abrazado aquél por el Vero con abrazo de rendido esclavo que rodea y besa los pies de su señor. El camino carreteril llega hasta las primeras casas de la villa,

las que más desde lejos miran al castillo, las que más medrosidad aparentan en su quieta contemplación del peñasco, y allí muere, en una plazuela presidida por una cruz de piedra y un copudo árbol para darle sombra. De allí en adelante ciérrase el paso a todo otro vehículo que no sea el de San Francisco, si de personas se trata, ó bien los cascos de las caballerías, si llega uno á lomos de ellas. Dando guardia á la plazuela, algo más baja que ésta su entrada, se nos ofrece á la vista la parroquia de San Miguel, con elevada torre que resulta enana en la proporcionalidad con el resto de las humildes viviendas escalonadas por el cerro, destacando en un fondo de alucinantes tierras rojas.

Y cuando, deseosos de alcanzar el castillo y examinar el templo que hubo de adosarle Sancho Ramírez—después de que, con su conquista, cerró el paso á Sobrarbe de los infieles—, penetramos en la villa, como por arte de magia nos sentimos hundidos en plena Edad Media, cuando los árabes edificaron estas casas y corretearon por entre sus estrechas y tortuosas callejuelas. De parte alguna conservamos una tan fuerte y



Vista general de Alquézar

viva compenetración con su pasado histórico como de esta villa de Alquézar. En ninguna ciudad antigua de cuantas hubimos de visitar, se nos ofreció tan hondo el surco que dejaron labrado sus antiguos moradores. Porque no es sólo en el trazado de sus calles, ni en el cuadro castizamente arábigo de la reducida plaza, con sus bajos y típicos soportales, en donde rastreamos, sin vacilación, como á flor de tierra, el paso de los árabes. Es que todavía nos parece verlos en las caras de las gentes que se cruzan á nuestro paso, y muy especialmente en las de los niños que nos rodean, con esa acostumbrada curiosidad de todos los chiquillos pueblerinos ante el forastero que los visita... De tez morena y ojos intensamente negros, descubrimos entre ellos algunos tipos verdaderamente bellos, representativos de esa fiera belleza de los hijos del Profeta, que fulgura en los grandes ojos y resplandece entre los gruesos labios con el blanco brillante de los dientes.

La ilusión es perfecta. Tanto la decoración como los personajes de la escena nos hacen creer que hemos retrocedido á los lejanos y guerreros tiempos de la Reconquista.

De la plaza, y por una calleja que arranca á la vuelta de una esquina, siguiendo la ruta señalada por una calle que gira lentamente hacia la izquierda, nos aproximamos á la entrada del castillo, señala la por una verja de hierro. La verja está cerrada. Precisa llamar en la última vivienda de la calle, morada del párroco, que es donde guardan la llave que franquea el acceso al antiguo recinto de la fortaleza.

No es fácil haya en parte alguna del mundo castillo con foso mayor que el que rodea la fortaleza de Alquézar. Hendida la peña por imponente cerco de abismos, su posesión inexpugnable fué en todo tiempo sumamente codiciada, pasando del poder de los romanos al de los árabes, y de éstos á los cristianos, siempre mediante asedios larguísimos que empaparon en sangre las tierras del contorno.

De la conquista de Alquézar por los cristianos guarda la tradición una leyenda que, por muy repetida, no hemos de detallar, inspirada, sin duda alguna, en el histórico pasaje sagrado de Judith. Hay en ella la amenaza de un odioso tributo de inmoladas doncellas, una joven de peregrina hermosura, un alcaide fascinado por la bella, lo bastante confiado para quedar dormido sobre sus rodillas; una garganta apuñalada, y una desbandada de sarracenos que se despeñan al foso, mientras el pabellón cristiano tremola en la más alta atalaya del castillo. Hasta quedaba durante muchos años un nicho en el claustro, y en él un cráneo negruzco bautizado con el remoquete de ser la cabeza del rey moro.

Cuando nosotros llegamos al castillo de Alquézar y penetramos en la iglesia que en honor de la Virgen María hiciera levantar dentro de la fortaleza el rey Sancho Ramírez, han pasado

muchos siglos. No tenemos ni la esperanza de que salga á recibirnos algún sucesor del abad Galindo, gobernante de aquel extenso poderío que comprendía el castillo y villa de Huerta, las iglesias de diez y siete pueblos, la iglesia y priorato de San Juan de Monzón, con todas sus sufragáneas, más las salinas de Naval. Es ya un recuerdo la *Castrum vigeti* ó *Castrum vigintum*, primero de los romanos, más tarde de los árabes, hasta que, en 1070, el rey Don Sancho Ramírez la hizo suya, fortificando su castillo, que era llave y defensa de la entrada de Sobrarbe, y teniendo asiento en Cortes y Congresos del reino de Aragón. De la importancia que alcanzó la villa de Alquézar dan fe las veces que se vió

vendida y recuperada por los reyes. En 1357 Don Pedro, para subvenir á los gastos de la guerra con Castilla, vende el castillo, la villa y sus aldeas por 50.000 sueldos jaqueses, á don Pedro Jordán de Urries, su mayordomo, de quien descienden los marqueses de Ayerbe, y en 1381 recibe el de Urries la misma cantidad.

El capitán de caballos corazas en Flandes, don José de Cascaro y Ferriz, caballero de Santiago, señor del lugar de Fanillos y de las pardinias de Ardiles y de la Caxegosa, estando en Barcelona en 1690, costeó el registro y extracto de 37 escrituras relativas á las antigüedades y privilegios de Alquézar, cuyos originales existían en el Archivo Real de Barcelona, yuniéndolos todos en un libro, curiosamente encuadernado, lo envió al Ayuntamiento de la villa.

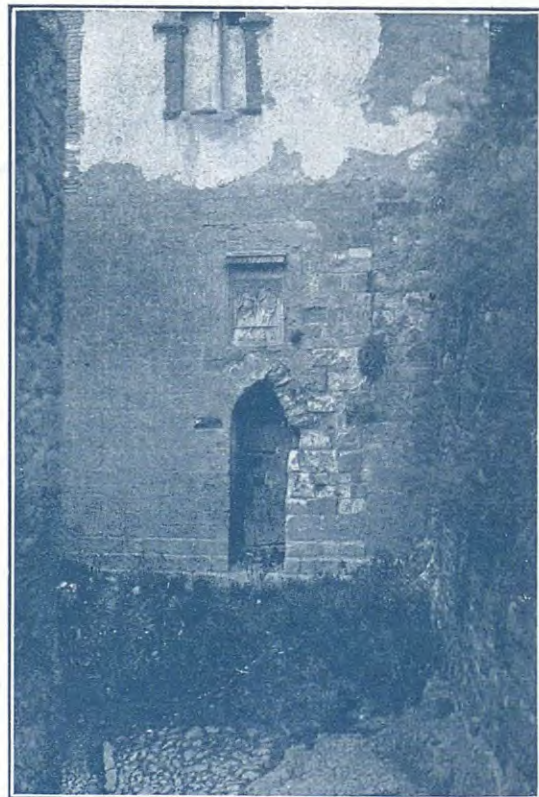
Todo esto demuestra la extraordinaria importancia de Alquézar en los tiempos medios, y muy especialmente el arte y las riquezas acumuladas en su antigua Colegiata.

J. GARCÍA MERCADAL

FOTS. SAMPERIO



Plaza Mayor, de Alquézar



Relieve de las santas Nunia y Alodia

MONUMENTOS EXTRANJEROS



DETALLE DEL PÓRTICO DE LA IGLESIA DE SAN MARCOS, DE VENECIA

El arte de la elevación



El triste y mezquino espíritu de nuestra época hubo de condenar más de una vez el baile.

Para la intransigencia, que pretende ser moralidad, y no es sino incomprensión, es el baile trasto de paganía, y, por ende, arte mala del Tentador. Pero hay baile, y baile.

Puede ser la danza una parodia imbecil é inútil del amor, como el «tango»; un reflejo del salvajismo ancestral, como el «cake-walk»; una *mise en scène* de la peor abyección, como la «chalouspée»... Y, por lo contrario, puede ser la danza lo que Isadora Duncan, y Napierkowska, y la Pawlona llaman con tanto acierto «el arte de la elevación».

Este arte crea, no con elementos inertes, sino con la vida y la estética mismas del cuerpo humano; de tal modo, que no evoca y fija una sola actitud del movimiento, un solo aspecto de la forma, un solo matiz del color, sino que resume cien actitudes, cien aspectos y cien matices, fundidos por la gracia en el broche rítmico y armonioso de una palpación.

Este arte es como síntesis de todas las humanas aspiraciones de ideal; y por un instante, que lo es de liberación y de ensueño, torna al artista ingravido y luminoso, como si un conjuro inmaterializara la materia, y como si fuera el cuerpo no la celda miserable y oscura que aprisiona al espíritu, sino el vaso transparente y etéreo en el que anida y florece el alma.

Arte de elevación era, conscientemente, la danza—tenida por rito sagrado—entre hebreos y egipcios, griegos y romanos; y lo fué aún entre los cenobitas, al alba del cristianismo.

Y, aunque inconscientemente, continuó siendo la danza arte de elevación en el baile típico de cada pueblo. Lo es la jota de Aragón; lo es el zortzico vasco; lo son la sardana de Cataluña y el bolero de Andalucía; lo es la tarantela de Nápoles, y lo son la farandola de Provenza, la furlana de Venecia, y la czardá rusa ó madgyar...

Arte de elevación es aún la danza ritual de las bayaderas indostánicas y de las gheishas japonesas. Y fueron también, en cierto modo, arte de elevación aquellas danzas que se llamaron gavota y minué, y que en los salones dieciochescos tejieron frágiles coronas de elegancia para una época en la que era solemne, porque era señora y reina, la divina frivolidad.

ooo

Rosario Guerrero, Pastora Imperio, Tórtola Valencia, nuestras grandes artistas del «arte de elevación», crearon en cada una de sus danzas una estrofa del poema de la raza. Y ese poema, libre de las ficciones pueriles de la rima y de los límites angostos del idioma; ese poema, trazado por la pasión y por la gracia con gestos de belleza y reflejos de fuego; ese poema, ¿no está acaso, decidme, por encima de toda la trivial y oscura labor de los poetas, como está el

águila caudal por encima del gusano, como está el sol por encima de la más alta cumbre?

ooo

Isadora Duncan, la grande artista del ritmo, la visionaria de lejanos cielos, la bailarina desnuda—casta y adorablemente desnuda—peregrinó, mundo adelante, en busca de un país y de unas gentes capaces de comprender y de sentir la estética y la moral de la forma humana.

De Occidente á Oriente, la Duncan recorrió los pueblos y bailó en todas partes.

Bailó también sobre la Acrópolis, en una alborada de primavera, sola, breve y leve, ante un horizonte que le brindaba perspectivas de siglos y luz de inmortalidad.

Bailando así, tan sólo envuelta en transparentes velos que doraba el alba, un pobre sacerdote griego la vió. El buen anciano le gritó en lejanía:

—¿Qué haces, muchacha?...

Y la mujer, casi niña entonces, respondió:

—Orar sobre la Acrópolis...

Allí donde los hombres soñaron, lucharon y pensaron, ella bailó; en su danza, mejor que en toda imposible evocación, estaba Grecia entera rediviva.

Más tarde, en París, Isadora interpretó, en sus danzas, escenas sencillas de la vida helénica: las mozas jugando á la taba; las mujeres aguardando, junto al mar, el regreso de las naves... Después buscó para su arte más altos derroteros... Interpretó á Beethoven, y á Glück, y á Wagner... Y un buen día, la Duncan solicitó de la Opera autorización para bailar la bacanal de *Tannhäuser*.

La Opera negó el permiso. Entonces la Duncan declaró:

—Si no me permiten bailar en la Opera, bailaré en el bosque de Bolonia, bailaré desnuda, y me servirán de orquesta los trinos de los pájaros y los murmullos de las fuentes...

Y, al cabo, la Opera accedió á que la gran artista del ritmo danzara la bacanal. Fué en el público una gran sorpresa, un deslumbramiento. Y al terminar la danza, y al romperse el encanto de arte, la bailarina desnuda fué llamada al proscenio entre aplausos entusiasmados. Hace de esto varios años. De entonces acá, Isadora creó una escuela, inició en su «arte de elevación» á numerosos discípulos, y fundó en los alrededores de París una verdadera aldea de la antigua Grecia, con los usos, los trajes, las costumbres, y, sobre todo, el espíritu de aquel pueblo de elección.

Cuántas páginas escribieron los hombres, la labor entera de todos los helenistas del mundo no fué ni tan bella ni tan fecunda como esta otra, llevada á cabo, sencilla y devotamente, por una sola mujer: por una bailarina que, sin haber compuesto jamás un verso, es tal vez la más alta poetisa de nuestro tiempo...

ANTONIO G. DE LINARES



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**



—Que Paco peca poco se asegura, á pesar de que Paco es hombre rico y de que tiene Paco mucho pico.
—Pues presto Paco peca, está segura, rendido á la belleza de las hembras que usan jabón y crema PECA-CURA.

Jabón, 1,35.—Crema, 2.—Polvos, 2,20.—Agua cutánea, 5.—Colonia, 2,75, 4,25, 7,25 y 12,75 pesetas, según frasco.
CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

RAMOS Especialidad en bisoños de caballero y postizos con raya natural, patentado para el último peinado.
Huertas, 7, Madrid

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE Pedro Closas ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS
Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

ANGEL BARRIOS DENTISTA Diplomado en Filadelfia
Dientes artificiales, sistema americano, fijos
75, ATOCHA, 75

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hemosilla, 57

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.523, MADRID

UNA PASTILLA VALDA
EN LA BOCA
ES UNA GARANTIA DE PRESERVACION
de las afecciones de la Garganta, Corizas, Ronqueras, Resfriados, Bronquitis, etc.
ES LA DESAPARICION INSTANTANEA
de la sofocación, accesos de Asma, etc.
ES LA RAPIDA CURACION
de todas las enfermedades del pecho
ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA
PEDIR, EXIGIR
en todas las farmacias
LAS LEGITIMAS PASTILLAS VALDA
que son ÚNICAMENTE las que se venden en CAJAS de Ptas 1.50 y llevan el nombre **VALDA** en la tapa
AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^a Barcelona.

Fórmula: Menthol... 0,002
Eucalyptol... 0,0025
Azúcar-Goma.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"
ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:
ORTIGOSA Y COMP.^a, Rivadavia, 698, Buenos Aires
NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.^a, únicas personas autorizadas.

LA HERNIA

Contención y comodidad absoluta en los casos más difíciles, alivio inmediato y seguro en las hernias dolorosas y **CURACION RADICAL** en más del 90 por 100 con el tratamiento combinado de los **APARATOS** y **EMPLASTOS NOTTON**. Innumerables certificados de curación. Gran Premio y Medalla de Oro en la actual Exposición de París. **J. Notton**, cirujano especialista, **Montera, 8, Madrid**. Consulta gratis, de 11 á 1. De 4 á 6, cinco pesetas.



De **JOSÉ TORAL** PARA EL DESCANSO, poesías
LA CADENA, interesantísima novela
Edición de **RENACIMIENTO**
A 3,50 Y 4 PESETAS EN TODAS LAS LIBRERIAS

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12 Camisas, Guantes, Pañuelos, Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. **PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.**

La Esfera

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid y provincias.....	Un año.....	30 pesetas
	Seis meses.....	18 >
Extranjero.....	Un año.....	50 >
	Seis meses.....	30 >
Portugal.....	Un año.....	35 >
	Seis meses.....	20 >

MUEBLES ALCOBAS, COMEDORES, DESPACHOS, GABINETES, SALONES, EBANISTERIA, TAPICERIA, ETC. MURUA Y ALBIZURI. Banco de España 3. BILBAO

SIROLINE "ROCHE"

El frasco *fcos* 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la **SIROLINE** preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prevenir que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.



Agua de Syrus

MARCA REGISTRADA

BLANCA Y ROSA

La única higiénica para la belleza

Suaviza y hermosea el cutis, haciendo desaparecer los pequeños granos y manchas, dando una blancura nacarada

De venta en perfumerías 3 y 7 ptas. frasco.—Provincias, 3,50 y 8 ptas.

Fábrica y Dirección: Plaza de la Encarnación, 3.—Teléf. 1.633.—MADRID

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis,
Embarazo gástrico e intestinal, Jaqueca

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée

y en todas las farmacias

REMINGTON UMC

Escopetas de repetición y de carga automática

LAS armas de carga automática Remington UMC se hacen de acuerdo con las famosas patentes Browning, reconocidas por todas partes como insuperables. La popularidad de nuestras escopetas de repetición se está aumentando también rápidamente. Catálogo descriptivo gratis.

REMINGTON ARMS UMC CO.
233 Broadway New York

Expedidores para España
UNION ESPAÑOLA DE EXPLOSIVOS
Villa Nueva 11 Madrid

REM-UMC No. 12 NITRO CLUB A1 Remington



No ganará V. jugando a ciegas

ni curará su estreñimiento con purgantes que irritan el intestino.

LAXEN BUSTO

es un laxante suave y eficaz que no causa molestia alguna.

: A. Gamir :
VALENCIA

Para desinfectar
y regularizar
los intestinos. PAPELES YHOMAR
1,50 ptas. caja

F. Gayoso
MADRID